



FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y PSICOPEDAGOGÍA

Trabajo de Integración Final

**ESTUDIO PSICOANALÍTICO DE LA ESTRUCTURA
PSICOPATOLÓGICA DEL ASESINO SERIAL**

Alumna: María Fernanda Nava

Número de Registro: 12-140167-0

Director: Dr. Juan Manuel Rubio

Buenos Aires, Argentina – 2019

Agradecimientos

A Juan Manuel Rubio, director de esta tesis, por la comprensión, la generosa transmisión de su saber y por haberme dado a conocer una cara hasta el momento desconocida del apasionante arte del psicoanálisis.

A María Angélica Pérez Ibarreta, por haber tornado posible la existencia de este trabajo, y a Yanina Gonçalves Mo, por haber esclarecido la dirección que tomaría el mismo.

A los profesores de la Universidad Católica Argentina, por el aporte valioso que han realizado -cada uno a su modo- a mi formación no sólo profesional, sino también personal.

A mi familia, a mis amigos y a mi pareja, por el cariño, la admirable paciencia y la ayuda fundamental que me han brindado a lo largo de este camino, y especialmente a mis padres, por el apoyo incondicional y por haberme inculcado los valores en base a los cuales intento vivir día a día y que llevaré siempre conmigo.

Resumen

El presente trabajo de investigación teórico de revisión bibliográfica tuvo el objetivo de analizar la posibilidad de que el asesino serial responda a una categoría estructural determinada dentro del ordenamiento psicopatológico psicoanalítico, desde un enfoque freudiano-lacaniano. Se precisaron los conceptos de asesino serial, psicopatología y estructura psicopatológica. Se describieron seis casos de asesinos seriales. Se ubicó la casuística desde las estructuras psicopatológicas detalladas. La conclusión del mismo consistió en que no resulta posible establecer una única categoría estructural que abarque al fenómeno del asesino serial de modo general, destacándose que el acto homicida puede irrumpir en cualquiera de las estructuras psicopatológicas mencionadas, presentando características singulares al desarrollarse en cada una de ellas.

Palabras clave: asesino serial, perfilación criminal, estructura psicopatológica, ordenamiento psicopatológico, psicopatología, psicoanálisis.

ÍNDICE

1. DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO, OBJETIVO Y FUNDAMENTACIÓN	1
1.1 Delimitación del objeto de estudio	1
1.2 Objetivos	6
1.3 Fundamentación	7
2. METODOLOGÍA	10
3. DESARROLLO CONCEPTUAL.....	11
3.1 El asesino serial	11
3.2 La psicopatología.....	17
3.3 La estructura psicopatológica.....	20
3.3.1 Psicosis	26
3.3.1.1 Richard Trenton Chase	28
3.3.1.2 Herbert William Mullin	32
3.3.2 Perversión.....	36
3.3.2.1 Theodore Robert Bundy	39
3.3.2.2 Luis Alfredo Garavito Cubillos	41
3.3.3 ¿Psicosis o Perversión? Suplencia Perversa en la Psicosis	45
3.3.3.1 Jeffrey Lionel Dahmer	45
3.3.3.2 John Wayne Gacy	48
4. DISCUSIÓN, CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES.....	54
4.1 Discusión.....	54
4.2 Conclusiones	55
4.3 Recomendaciones	56
5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	58

1. DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO, OBJETIVO Y FUNDAMENTACIÓN

1.1 Delimitación del objeto de estudio

El presente trabajo de integración final teórico de revisión bibliográfica tuvo el propósito de analizar la posibilidad de que el asesino serial responda a alguna categoría estructural dentro del ordenamiento psicopatológico leído desde el Psicoanálisis.

El asesinato serial es una forma específica de violencia, incluida en la categoría de homicidio múltiple, junto al asesinato en masa y al asesinato itinerante (Holmes & Holmes, 1998).

El término asesino serial fue acuñado en los años setenta por el investigador del FBI Robert Ressler durante el transcurso de una de sus clases, en respuesta a una oleada de crímenes ocurridos en ese entonces en Estados Unidos, sobre cuyos autores las autoridades no podían hallar elementos suficientes para esclarecerlos (Ressler, Burgess, & Douglas, 1998, citado en Jiménez Serrano, 2014).

De acuerdo a Whittington-Egan (2008), se considera asesino serial a todo aquel individuo que haya cometido un mínimo de tres a cinco asesinatos, con un período de enfriamiento de duración variable entre los mismos. Estos crímenes resultan de una compulsión originada por una alteración psicopatológica (Tendlarz & García, 2014).

La clasificación de los asesinos seriales varía según el psicólogo forense, criminólogo, investigador individual u otro profesional que la proponga, en tanto no existe un sistema de categorización admitido universalmente.

El sistema clasificatorio más conocido es el propuesto por profesionales de la Unidad de Comportamiento del FBI (Buró Federal de Investigaciones) en el Manual de Clasificación del Crimen (Vronsky, 2004). En él, el asesinato se halla dividido en cuatro categorías principales: Homicidio de empresa criminal, homicidio de causa personal, homicidio de causa grupal y homicidio sexual. Los homicidios seriales, a su vez, pueden ubicarse dentro de las categorías mencionadas, dependiendo de su tipo. No obstante, la mayor parte de ellos ocurre en el marco de la categoría de homicidio sexual, dividiéndose ésta en (a) homicidio sexual organizado, (b) homicidio sexual desorganizado y (c) homicidio sexual mixto. Por consiguiente, el asesino serial será categorizado primariamente como organizado, desorganizado o mixto (Douglas, Burgess, Burgess, & Ressler, 2006).

Basándose en el motivo o la clase de gratificación que obtienen al cometer un homicidio, Holmes y Holmes (1998) ordenaron a los asesinos seriales en (a) visionarios, (b) orientados a una misión, (c) hedonísticos y (d) orientados al poder y al control.

La clasificación de asesinos seriales más reciente fue propuesta por el criminólogo Robert Keppel, quien cataloga la firma sexual de los asesinos en serie basándose en las categorías primeramente desarrolladas por Roy Hazelwood y Ann Burgess para el FBI (Vronsky, 2004). Keppel ordena a los homicidas sexuales seriales en: (a) *Power-Assertive Killers*, (b) *Power-Reassurance Killers*, (c) *Anger-Retaliatory Killers* y (d) *Anger-Excitation Killers* (Keppel & Walter, 1999).

De acuerdo a Vronsky (2004), los sistemas de clasificación utilizados para estudios psicológicos o criminológicos suelen ser considerados más válidos y precisos en sus definiciones que el propuesto en el Manual de Clasificación del Crimen, en tanto a diferencia del segundo, están basados en la técnica forense de perfilación criminal del homicidio intencional con autor conocido. Mientras que la perfilación criminal en su totalidad busca determinar características de la personalidad del victimario, siendo esto posible por el análisis psicológico, criminalístico y forense que se realiza del hecho, en base a los cuales se pueden inferir aspectos psicosociales del agresor; el método de perfilación de agresores conocidos o método inductivo consiste en la caracterización de los agresores conocidos o población carcelaria para extraer sus características generales (Rodríguez Jorge, 2011).

Conforme a lo propuesto por Muñoz (2015), puede considerarse a la psicopatología como aquella disciplina de carácter teórico que constituye una parte de la psicología devenida en ciencia, cuyo objeto de estudio son los procesos y fenómenos psíquicos patológicos presentes no sólo en las denominadas enfermedades mentales, sino también en los individuos sanos; motivo por el cual la presencia de un síntoma no equivaldría necesariamente a patología. Lo anterior, por consiguiente, tornaría más difusa la frontera entre patología y normalidad.

Tanto lo considerado sanidad como lo caracterizado como alteración, oscilan de modo constante. Es posible diferenciar desde la clínica tres clases de alteraciones, el rasgo de carácter como fenómeno; el déficit que denota una carencia de algo que no ha sido incorporado o bien, que se ha perdido; y la enfermedad -de la cual se encargará la psicopatología-, que implica un cambio cualitativo susceptible de ocurrir en diferentes planos interrelacionados, como el orgánico, el psíquico o el sociocultural, entre otros. Tomando este último, el Psicoanálisis se propone descubrir el desarrollo de las

organizaciones inconscientes, las condiciones en las que se produce el fenómeno y los posibles caminos que permitan transformarlo (Rubio, Álvarez, Canullo, Fumo, Gutiérrez, Hernández & Rubio, 2010).

Del extenso recorrido teórico de Freud, puede detectarse la noción de que la patología muestra de modo exagerado aquellos mecanismos que también se hallan presentes en el funcionamiento normal, pero en menor nivel. Lo anterior supondría un criterio cuantitativo (Muñoz, 2015).

La personalidad se halla organizada de modo constante, con mecanismos de defensa poco variables, con un modo de relación de objeto predominante, un determinado grado de evolución libidinal y yoica, una actitud puntual ante la realidad, y una articulación suficientemente invariable de los procesos primario y secundario (Baranger, 1956). El surgimiento de la teoría freudiana abrió paso a un nuevo modo de abordar las consideraciones etiológicas, en tanto dio lugar a la concepción de un sujeto descentrado de la consciencia y cuyas expresiones del inconsciente son responsables de las diferentes formas en las que se presenta el sufrimiento psíquico. De ese modo, Freud arribó a la existencia de mecanismos de formación de síntoma (Muñoz, 2015).

A partir de las lecturas de Freud, el psicoanalista Jean Bergeret arriba a la conclusión de que las dificultades experimentadas por el adulto tienen su raíz en el desarrollo de la sexualidad infantil, creándose los síntomas por las pulsiones inhibidas, sexuales y agresivas (Bergeret, 1996). Por consiguiente, la psicopatología ya no se limitaría a la observación y descripción, sino además y fundamentalmente, a escuchar y descifrar lo que esos síntomas, en su carácter de expresión simbólica de conflictos inconscientes, buscan expresar.

Tomando lo anterior como punto de partida, podría hablarse de una psicopatología estructural que, como tal, le otorga un lugar central al determinismo inconsciente de los fenómenos descriptos tradicionalmente por la psicopatología, tanto a su causalidad psíquica y a sus mecanismos patogénicos específicos como así también a la modalidad singular en la que el síntoma se despliega en cada sujeto particular (Muñoz, 2015), dado que las conexiones existentes entre un síntoma y la identificación diagnóstica requieren el desarrollo de mecanismos intrapsíquicos e intersubjetivos que se hallan subordinados a una dinámica del inconsciente a la que no le es posible establecer un vínculo lógico e inmediato entre la naturaleza de un síntoma y la estructura del sujeto (Dor, 2000).

Bergeret caracteriza la estructura de la personalidad como el “modo de organización permanente más profundo del individuo, a partir del cual se producen tanto las ordenaciones funcionales llamadas normales, como los avatares de la morbilidad” (Bergeret, 1996, p. 23).

A pesar de que dentro de las lecturas freudianas no se halla especificada la noción de estructura (Muñoz, 2015), de acuerdo a Baranger (1956) la teoría mencionada se interesa por algunos indicadores elementales que permiten diferenciar las estructuras, entre los que se hallan el sentido latente del síntoma, el grado alcanzado por el desarrollo libidinal y el grado de desarrollo del yo y el superyó, así como también la esencia, diversidad, flexibilidad y eficacia de los mecanismos de defensa. En palabras del autor, al descubrir Freud las grandes regiones funcionales del aparato psíquico, el ello, el yo, y el superyó, presenta un modelo predominantemente estructural de la vida psíquica.

Las tres regiones mencionadas no son concebidas como partes opuestas e independientes de la personalidad, sino como tres centros de funcionamiento psíquico que pueden ser caracterizados de acuerdo a su grado de desarrollo, a la cantidad de energía que revisten y a su interdependencia en un momento dado, pudiéndose expandir uno y reducirse los otros en circunstancias determinadas. De ese modo, tres de las principales funciones del yo, pensamiento, percepción y actuación pueden servir frecuentemente al ello o al superyó (Hartmann, Loewenstein, & Kris, 1951).

Por tal, podría afirmarse que Freud opera con una estructura, en cuanto logra encontrar una organización dentro de la variabilidad fenoménica. La estructura sería, entonces, aquello que posibilita el ordenamiento de lo manifestado, a lo cual se arriba detectando mecanismos comunes a expresiones sintomáticas variadas a través de organizadores teóricos que permiten localizar los factores comunes, pero también las diferencias y particularidades de los fenómenos clínicos. Es desde esta perspectiva que, al considerar las estructuras freudianas *estructuras clínicas*, y al estar el sujeto contenido en ellas, se lo concibe como neurótico, psicótico o perverso, en tanto es tan continuo y consistente como la estructura que le confiere su ser permanente (Muñoz, 2015).

La estructura supone un equilibrio dinámico, tanto las fuerzas, como los instintos y las pulsiones se hallan estructuralmente interrelacionadas. David Rapaport señaló que el instinto posee características estructurales, en tanto ya en el lactante las respuestas

instintivas a un mismo estímulo tienen el sello de una individualidad (Rapaport, 1960, citado en Delahanty Matuk, 1992).

A partir de las lecturas de Lacan, Muñoz (2015) presenta la noción de estructura que aquel formuló a partir del lenguaje, haciendo alusión a ella como una reunión de elementos que conforman un *conjunto covariante*, en tanto ningún elemento tiene identidad propia ni una relación fija con otro y por tal, su valor dependerá de la covariancia. Debido a ello, el cambio de uno supone el cambio de los demás. En consecuencia, el diagnóstico estructural en psicoanálisis implica que ningún síntoma tiene entidad propia por fuera del sistema de relaciones que establece con los otros elementos del sistema, y por eso un elemento aislado no puede revelar la *estructura subjetiva*.

Mientras que el paradigma de las grandes estructuras psicopatológicas pone énfasis en la estructura por sobre el fenómeno, el psicoanálisis propone la búsqueda de la estructura en el fenómeno mismo y un uso de la nosología, necesario para efectuar ciertas distinciones, que carezca de pretensión universalizante. Es decir, mantener una diferenciación entre tipos clínicos, sin pretender clasificarlos en cuadros sólidos y estáticos, dado que lo particular de cada caso no es deducible de la estructura clínica previamente constituida, y desde esa perspectiva será la estructura subjetiva la que esté sujeta al diagnóstico, y no el ser en sí mismo. De lo anteriormente mencionado, puede concluirse que el diagnóstico en psicoanálisis no se manifiesta como una clínica descriptiva sino demostrativa de lo radical del inconsciente, que escapará a las clasificaciones estáticas (Muñoz, 2015).

En base a lo anterior, las preguntas que han guiado la investigación fueron: ¿Qué es un asesino serial y qué criterios existen para su clasificación?, ¿Cómo se conceptualiza la psicopatología?, ¿Qué considera el psicoanálisis como estructura psicopatológica?, ¿Qué estructuras psicopatológicas existen?, ¿Es posible ubicar al asesino serial en alguna categoría psicopatológica?

1.2 Objetivos

Objetivo general:

Analizar la posibilidad de que el asesino serial responda a alguna categoría estructural dentro del ordenamiento psicopatológico leído desde el Psicoanálisis.

Objetivos específicos:

1. Definir el concepto de asesino serial.
2. Conceptualizar el término de psicopatología.
3. Desarrollar el concepto de estructura psicopatológica desde el Psicoanálisis.
4. Describir casuística de asesinos seriales.
5. Ubicar la casuística de asesinos seriales desde las estructuras psicopatológicas.

1.3 Fundamentación

A menudo, a aquellos miembros de la sociedad que incurren en el incumplimiento de las normas sociales o bien, que cometen actos considerados inmorales no necesariamente ilegales desde una perspectiva jurídica, se les suele atribuir una serie de calificaciones tales como “mala persona”, “encarnación del mal”, y “antisociales”, entre otras. Sin embargo, ello dificulta tanto el avance hacia la comprensión clínica de tales actos como también la detección de una posición subjetiva en los sujetos que los llevan a cabo (Rubio et al., 2010).

Ya en el año 1950, a través de su “Introducción Teórica a las Funciones del Psicoanálisis en la Criminología”, Lacan buscó delinear el modo en que el Psicoanálisis puede efectuar aportes valiosos al campo de la Criminología, siendo ésta la ciencia encargada de estudiar el delito, la víctima, el victimario, y las medidas existentes de rehabilitación, reeducación, valoración de los factores de riesgo y prevención, así como también el efecto que generan los hechos delictivos en la sociedad (Quiñones Urquiza, 2015).

Actualmente, los homicidios seriales son estudiados por la Psiquiatría, el Psicoanálisis y la Psicopatología Forense. No obstante el interés y la conmoción que generan en la opinión pública, tanto en Argentina como a nivel internacional existe una cantidad muy limitada de bibliografía psicoanalítica al respecto (Bafico, 2015), a pesar de poder considerarla como la única teoría capaz de contribuir al entendimiento y dilucidación de la estructura psíquica de quienes cometen tales crímenes (Sánchez Domínguez, 2014). En consecuencia, como resaltan Tendlarz y García (2014), ninguno de los numerosos trabajos existentes sobre los asesinos seriales y sus motivos excede el carácter descriptivo, por lo que las clasificaciones propuestas hasta el momento resultan insuficientes para explicar dicho fenómeno.

Mientras que las teorías psicodinámicas le permitirían a las investigaciones forenses ahondar sobre las experiencias y los vínculos del asesino serial, así como también sobre qué representan sus víctimas para él (Dogra, Leenars, Chadha, Manju, Lalwani, Sood, Lester, Raina & Behera, 2012), la investigación de la consistencia comportamental y del crimen serial han sido estudiados mayormente y hasta el momento, en el campo de la Psicología Empírica (Deslauriers-Varin & Beauregard, 2014). De ese modo, el otorgarle a la conducta un papel central conlleva a dejar de lado las razones subjetivas del crimen, capaces de conducir al descubrimiento de la lógica

operante en ellos, así como también a descuidar la singularidad del sujeto y su tratamiento particular del goce (Tendlarz & García, 2014).

Por otra parte, en lo que respecta a la conceptualización del asesinato serial, la misma continúa generando desacuerdo y falta de uniformidad (Keeney & Heide, 1995). Por ese motivo, los estudios que proponen examinar los asesinatos seriales suelen enfocarse en diferentes poblaciones de ofensores, según la definición de asesinato serial utilizada para hacerlo (Ferguson, White, Stacey, Lorenz & Bhimani, 2003). La multiplicidad de denominaciones, entonces, proviene de la existencia de numerosas teorías que pretenden localizar las causas de los crímenes. A raíz de ello, se han constituido diferentes escuelas biológicas, sociológicas y psicológicas (Tendlarz & García, 2014).

La Psicología propone hacer énfasis en la interacción entre los factores individuales y el contexto social, lo cual permite hablar de modelos transaccionales que indican la complejidad de los procesos involucrados en el comportamiento del asesino serial, y se vale para su explicación de una de sus áreas, la Psicología Forense, que constituye actualmente un campo en permanente expansión (Etcheverry Vera, 2009).

El presente trabajo de investigación intentó aclarar la definición de asesino serial, así como ahondar en el estudio de su estructura psicopatológica desde un enfoque teórico psicoanalítico, para fomentar de ese modo la comunicación y el debate sobre dicha temática. En palabras de Ferguson et al. (2003), ninguna definición de asesino serial logrará librar de todo margen de error la distinción e identificación de los mismos, en tanto es improbable que todos los ofensores recaigan en una u otra categoría determinada. No obstante, sí es posible considerar que los componentes críticos del asesinato serial existen no sólo en los comportamientos identificables sino fundamentalmente dentro de la mente y los motivos del perpetrador (Ferguson et al., 2003) y por tal razón, el estudio en profundidad de la estructura psicopatológica de tales criminales podría suponer una herramienta de crucial importancia ya que las acciones no son independientes de la estructura, sino que es dentro de una determinada configuración estructural donde se genera el acto criminal (Tendlarz & García, 2014).

En palabras de Rapaport, existe una tendencia estructural a reaccionar tanto al retraso en la gratificación, así como también una relación estructural entre el instinto y el objeto u objetos que pueden satisfacerlo (Rapaport, 1960, citado en Delahanty Matuk, 1992). Así mismo, de acuerdo a Ferguson et al. (2003), el establecimiento de una definición válida y confiable del asesinato serial sería de utilidad a la hora de crear un

fundamento basado en investigación empírica sobre el cual dicho fenómeno pueda sostenerse. El conocimiento sobre el perfil psicopatológico de los homicidas seriales o de los individuos en riesgo de convertirse en uno de ellos, posee un notable potencial preventivo (Chan, Beauregard, & Myers, 2015).

2. METODOLOGÍA

El presente trabajo buscó analizar la posibilidad de que el asesino serial respondiera a alguna estructura psicopatológica, leído desde el Psicoanálisis.

Con ese objetivo, se realizó una revisión bibliográfica que permitió revelar el estado actual de los conocimientos existentes acerca de la temática abordada. Para ello, se utilizaron fuentes de información primaria tales como libros y revistas científicas referentes al tema mencionado, fuentes de información secundaria entre las que se hallaron las bases de datos EBSCO, Scielo, Lilacs, Redalyc, Psycinfo, PubMed y Dialnet, y fuentes de información terciaria como la Biblioteca de la Universidad Católica Argentina.

Se seleccionaron producciones redactadas en idioma español, inglés y portugués, pertenecientes al período transcurrido entre los años 2000 y 2019, a excepción de las producciones de referencia clásica.

Como criterios de inclusión de fuentes de información se utilizaron su fiabilidad y adecuación a la temática a abordar, así como también que fuesen correspondientes a los últimos 19 años. Se excluyeron las fuentes no pertenecientes al período antes mencionado (año 2000 a año 2019), exceptuando de tal criterio a los autores clásicos, y a aquellas producciones en las que se desarrolle el concepto de estructura psíquica.

Para llevar a cabo el actual trabajo, se seleccionaron autores pertenecientes a la corriente psicoanalítica de lectura freudiana y lacaniana a la hora de ahondar sobre la categorización de la estructura psicopatológica del asesino serial. No obstante, al momento de avanzar sobre la conceptualización del asesino serial y sus sistemas clasificatorios, se los exceptuó del criterio previamente mencionado.

Las palabras claves a utilizar para la recolección de información en español fueron: *asesino serial, clasificación de asesinos seriales, estructura psicopatológica, ordenamiento psicopatológico, psicopatología*; mientras que aquellas a utilizar para la recolección de información en inglés fueron: *serial killer, serial killing, serial homicide, serial murder, criminal profiling, crime classification, crime typologies*.

3. DESARROLLO CONCEPTUAL

3.1 El asesino serial

El homicidio es una de las cuatro formas de muerte universalmente reconocidas, agrupadas por Edwin Shneidman en las categorías de muerte NASH: Natural, accidental, por suicidio y por homicidio (Leenars, 1999). A su vez, existen diferentes clases de homicidio, pudiendo este ser accidental o intencional, es decir, asesinato. El asesinato es el uso intencional de poder o fuerza física contra otra persona o comunidad, resultante en la muerte (OMS, 2002). Por lo tanto, en lo que al asesinato respecta, la intencionalidad es central.

Al ser la violencia un fenómeno multi-determinado, el homicidio intencional es el resultado de la interacción entre factores ambientales, sociales, culturales, relacionales e individuales (Dogra et al., 2012) y su surgimiento se remonta a los orígenes de la civilización (Dalal, Aggarwal, Bhullar & Manisha Sharma, 2009).

El asesinato serial es una forma específica de violencia, incluida en la categoría de homicidio múltiple, junto al asesinato en masa y al asesinato itinerante (Holmes & Holmes, 1998). Mientras que el asesinato en masa puede definirse como el asesinato de cuatro o más víctimas en una locación o escena del crimen, el asesinato itinerante consiste en el asesinato de tres o más víctimas en más de una locación, sin la existencia de un período de enfriamiento entre los mismos (Douglas, Burgess, Burgess & Ressler, 2006).

De acuerdo a Rámila (2011), la definición comúnmente aceptada de asesino serial lo caracteriza como un sujeto que ha matado al menos en tres momentos y sitios diferentes separados con nitidez y mediando un espacio de tiempo suficiente entre uno y otro crimen, implicando lo anterior que las muertes no deben ocurrir en simultáneo sino espaciadas en intervalos de duración variable. Una vez que el asesino serial ha cometido su primer homicidio, ingresa en un proceso circular complejo similar a una adicción, que lo lleva a la reincidencia (Vronsky, 2004). Dado que el término de asesino serial hace alusión a la idea de serie más que a la de las particularidades de cada asesino, dentro de ese concepto se hallan comprendidos sujetos con distintas motivaciones y satisfacciones (Tendlarz & García, 2014).

La serie determinada de procedimientos que realiza el agresor sobre sus víctimas durante la totalidad del acto criminal con el objetivo de llevar éste a cabo se conoce como *modus operandi*, y alude estrictamente al proceso comportamental del mismo

(Alvarado Pardo, 2016). En relación a lo anterior, Douglas et al. (2006) caracterizan al *modus operandi* como un conjunto de conductas aprendidas que el ofensor desarrolla y al cual se atiene debido a que le resulta práctico y funcional. No obstante, el mismo es dinámico y maleable, y suele evolucionar de modo paralelo a la carrera del criminal.

A su vez, se distingue de la firma en tanto ésta refleja la fantasía singular profundamente arraigada en el ofensor. Por ello, a pesar de que la expresión de la misma puede variar a lo largo del tiempo, su núcleo esencial permanece estático (Vronsky, 2004). De ese modo, tal como lo sostienen Douglas et al. (2006), este elemento excede las acciones consideradas necesarias para cometer el crimen, destacando la personalidad única del ofensor. La firma no siempre resulta evidente en cada uno de los crímenes cometidos por un asesino serial, en tanto su proceder puede verse afectado por ciertas contingencias tales como una interrupción o la respuesta inesperada de una víctima, ante lo cual el ofensor tiende a abandonar aquellos pasos que no resultan estrictamente necesarios para llevar adelante el acto criminal, resultándole de esa forma menos gratificante.

A pesar de que el fenómeno de los asesinos múltiples es generalmente considerado un hecho contemporáneo, existen casos que se remontan al siglo XV. Los crímenes de Gilles de Rais en Francia y los de Elizabeth Bathory en Hungría, entre otros, demuestran que el asesinato serial ha sido registrado en Europa Oeste desde el año 1400 aproximadamente (Hickey, 1997).

Debido a que la necesidad de clasificaciones abunda en nuestra modernidad, el fenómeno de los asesinos seriales no escapa a dicha tendencia. En consecuencia, la búsqueda de otorgarle un carácter científico a las categorías delineadas conlleva a que las mismas se hallen basadas en criterios estadísticos que se limitan a la descripción del fenómeno (Tendlarz & García, 2014).

En el Manual de Clasificación del Crimen, el asesinato se halla dividido en cuatro categorías principales: homicidio de empresa criminal, homicidio de causa personal, homicidio de causa grupal y homicidio sexual.

Si bien los homicidios seriales pueden ubicarse en todas las categorías mencionadas de acuerdo a su modo de presentación, una gran parte de ellos ocurre en el marco de la categoría de homicidio sexual, dividiéndose ésta en (a) homicidio sexual organizado, (b) homicidio sexual desorganizado y (c) homicidio sexual mixto. Por consiguiente, el asesino serial será categorizado primariamente como organizado, desorganizado o mixto (Douglas, Burgess, Burgess, & Ressler, 2006).

Habiéndose creado con propósitos investigativos, la anterior clasificación describe al asesino serial organizado como aquel individuo socialmente competente que planea sus crímenes y su escape cuidadosamente, pensando en él largo tiempo antes de llevarlo a cabo. Su fantasía evoluciona gradualmente y es consciente de su creciente compulsión a materializar su deseo de asesinato. Esta clase de agresor con frecuencia cambia el cuerpo de sus víctimas de locación, buscando reducir al máximo las posibilidades de que sea hallado. Su grado de organización lo torna más predecible que los de las otras dos categorías. En estos casos, suelen existir tres escenas del crimen: el sitio donde la víctima fue confrontada, aquel en el que fue asesinada y donde su cadáver es finalmente dispuesto.

Por otra parte, se caracteriza al asesino serial desorganizado como aquel individuo poco cuidadoso en su accionar, que suele efectuar ataques espontáneos y abandona el cuerpo de su víctima, previamente mutilado, en el sitio donde la confrontación y el ataque han sido llevados a cabo. Tiene fantasías de asesinato vagas e intensas, pero no desarrolla un plan detallado de acción. Esta clase de agresor realiza pocos esfuerzos por cubrir sus rastros o destruir evidencia, y suele guardar suvenires generalmente consistentes en las pertenencias de la víctima, o miembros del cadáver.

En último lugar, el asesino serial mixto es descrito como una combinación de las dos primeras categorías, pudiendo deberse ello a que existan dos o más asesinos trabajando en equipo o a que la juventud del ofensor, el uso de drogas ilícitas o de alcohol, puedan alterar su conducta de un crimen a otro (Douglas et al., 2006).

Basándose en el motivo o la clase de gratificación que obtienen al cometer un homicidio, Holmes y Holmes (1998) ordenaron a los asesinos seriales en (a) visionarios, (b) orientados a una misión, (c) hedonísticos y (d) orientados al poder y al control.

Los homicidas seriales visionarios asesinan motivados por alucinaciones auditivas internas o externas, y visuales. Estos agresores dejan atrás escenas caóticas, con abundancia de evidencia física, y no parecen seguir un patrón reconocible en la elección de sus víctimas, seleccionándolas de modo aleatorio, bajo una lógica usualmente indescifrable para los investigadores.

Los asesinos seriales orientados a una misión son aquellos que llegan a la conclusión de que es su misión librar a la sociedad de ciertos grupos de personas, como niños, prostitutas, ancianos, homosexuales, indigentes o miembros de una raza específica, entre otros, a quienes creen indeseables y merecedores de la muerte.

Dentro de la categoría de homicidas seriales hedonísticos se distinguen tres clases de asesinos: los asesinos por comodidad, quienes cometen el crimen para obtener ganancias financieras; los asesinos lujuriosos, que obtienen placer a través de la mutilación, la necrofilia o el canibalismo, y suelen tener un ideal de víctima y elementos fetiche determinados, ensayando sus fantasías en la realidad durante años; y los asesinos por excitación, quienes para obtener placer del crimen, necesitan mantener a su víctima inmovilizada, viva y consciente de lo que le está ocurriendo, reanimándola si pierde la consciencia en medio de la tortura. Una vez que ésta muere, el agresor suele perder interés en ella de inmediato.

Finalmente, Holmes y Holmes (1998) caracterizan al asesino serial orientado al poder y al control como un individuo cuyo placer se deriva del dominio que ejerce sobre la víctima, siendo éste su motivación primaria. Esta clase de agresor halla sexualmente excitante la tortura, y percibe el asesinato como la expresión final más satisfactoria del poder sobre la víctima.

Tal como fue mencionado al inicio del presente trabajo, la clasificación de asesinos seriales más reciente fue propuesta por el criminólogo Robert Keppel, quien cataloga la firma sexual de los mismos, basándose en las categorías primeramente desarrolladas por Roy Hazelwood y Ann Burgess para el FBI (Vronsky, 2004).

Keppel ordena a los homicidas sexuales seriales en: (a) *Power-Assertive Killers*, quienes planean el abuso sexual pero no el asesinato. El motivo central de su crimen es la reafirmación del poder masculino sobre una víctima masculina o femenina. Un arma es llevada a la escena del crimen, usualmente un cuchillo o una soga, como una importante parte de la identidad masculina que el ofensor construye de sí mismo, a pesar de que interiormente posee una gran inseguridad sobre dicho aspecto. Esta clase de asesinos tienen una curva de aprendizaje a través de la cual evolucionan y mejoran sus métodos.

En segundo lugar, se hallan los (b) *Power-Reassurance Killers*, quienes también planean el abuso sexual pero no el homicidio. La principal motivación de estos homicidas es reasegurar su competencia sexual a través de la realización de una fantasía de conquista y seducción, cometiendo el asesinato cuando el comportamiento de la víctima la contradice o interrumpe. Una vez que la víctima es asesinada, el ofensor suele tratar de prolongar su fantasía mediante la necrofilia, la mutilación y actos rituales.

Se consideran (c) *Anger-Retaliatory Killers* a aquellos sujetos que planean tanto el abuso sexual como el asesinato. El homicidio incluye excesiva violencia contra una

víctima usualmente femenina. El motivo primario es la necesidad de vengarse de una mujer o un sustituto simbólico de ella, por la cual el agresor se haya sentido ofendido, desvalorizado, humillado o rechazado. La agresión continuará hasta que la ira del agresor haya disminuido, incluso si la víctima ha muerto antes de que eso suceda. Al finalizar, suele disponer el cadáver en una posición de sumisión, dentro de una escena de crimen desorganizada.

Finalmente, los (d) *Anger-Excitation Killers*, quienes también planean el abuso sexual y el asesinato, buscan infligir dolor y terror en la víctima, que puede ser hombre o mujer, para obtener gratificación sexual. El crimen se caracteriza por una prolongada tortura y mutilación de la víctima, generalmente previa a su muerte. Esta clase de homicidas posee fantasías elaboradas y especializadas, enfocadas en su necesidad de expresar poder y control y probablemente desarrolladas desde su niñez temprana (Keppel & Walter, 1999).

Norris (1988) describe seis fases en el asesinato serial, presentándolo como un ciclo en tanto supone un comienzo, una búsqueda y un fin, que detonará nuevamente la serie.

La primera fase será la fase del aura, cuyo inicio se sitúa en el momento en que el asesino comienza a perder contacto con la realidad, es decir, cuando el sujeto ha comenzado a cruzar las fronteras que separan la imaginación de la realidad. El estado anterior se alcanza tras un período durante el cual se han elaborado progresivamente fantasías de temáticas violentas vinculadas al asesinato, la violación, la venganza, el control, la mutilación y la posesión, entre otros. De acuerdo a (Vronsky, 2004) en algunos asesinos seriales, el proceso mencionado puede haberse manifestado durante la niñez o adolescencia a través de crueldad hacia los animales, bullying, conductas pirómanas y delitos menores. A su vez, este estado disociativo puede presentar una duración de horas o incluso meses.

La segunda fase será la fase de búsqueda, durante la cual el asesino decide salir a buscar a su víctima, dirigiéndose a sitios donde cree probable encontrarla.

En la tercera fase, denominada fase de caza, el asesino ya detectó y seleccionó a su víctima, y se propone capturarla, acto que constituye la cuarta fase del proceso, la fase de captura.

La quinta fase será la fase totémica, durante la cual el asesino alcanza su máxima satisfacción. Es frecuente, a su vez, que realice un ritual consistente en, por ejemplo,

llevarse un trofeo de la escena del crimen o colocar el cadáver de la víctima en una posición determinada, dotada de una significación personal.

Finalmente, la sexta fase o fase de depresión, se produce luego de haber cometido el asesinato y posee una duración variable. Tras la misma, el asesino vuelve a ingresar en el estado disociativo inicial y recomienza el ciclo, en tanto los factores que contribuyen a la formación de la fantasía homicida no desaparecen tras el asesinato, sino que frecuentemente generan estresores adicionales que pueden disminuir la duración del período de enfriamiento e incrementar la brutalidad de sus actos. Las fantasías mencionadas poseen un ciclo recurrente, dado que se fantasea para satisfacer una necesidad, y a su vez, esa necesidad exige que la fantasía se convierta en realidad. Es por ello que cada nuevo crimen supone un intento fracasado de satisfacerla. Si bien la muerte de la víctima representa la posesión del objeto, es tan solo una realización insuficiente del deseo original (Garrido Genovés, 2000). En este sentido, Tendlarz y García (2014) sostienen que al revivir la tragedia personal del ofensor, la muerte de la víctima no logra liberarlo de su estigma.

La predisposición a la violencia y la capacidad de disociación son dos factores importantes a la hora de enfrentar una situación traumática en personalidades proclives al homicidio en serie. La incapacidad de poder tramitar por las vías correctas un exceso de carga psicológica y emocional displacentera les genera una fantasía de reivindicación a través de la violencia (Quiñones Urquiza, 2015). A este respecto, Tendlarz y García (2014) retoman el estudio de Joel Norris, quien considera los ciclos de violencia como de carácter generacional, en tanto sostiene que el abuso al que son sometidos algunos de estos sujetos durante su infancia, no solo afecta su desarrollo y crecimiento sino que, además, puede fomentar y generar reacciones agresivas que hallan su raíz en el déficit afectivo, y dan paso a la emergencia de fantasías violentas en las que encuentran satisfacción. No obstante, resulta menester destacar que lo anterior no puede identificarse como una causa exclusiva en el desarrollo de la criminalidad, sino como un elemento que enriquece la comprensión del fenómeno.

Tal como se ha expresado anteriormente, las vivencias internas de los homicidas seriales consisten en fantasías sexuales sádicas y en una intensa necesidad de satisfacer los impulsos a ellas relacionados (Santos Lima Monteiro, 2014), y la característica que diferencia al asesino serial de los demás homicidas es la satisfacción sexual inherente al trato de sus víctimas (Tendlarz & García, 2014). Dado que ese terreno se halla configurado por las leyes del inconsciente, un enfoque psicodinámico sugeriría

centrarse en qué representa la víctima para el asesino serial y por qué dicha persona debe morir (Dogra et al., 2012).

Debido a lo anterior, desde una perspectiva psicoanalítica, Freud no se detiene exclusivamente en la voluntad consciente de matar, como sí lo hace la justicia, sino que analiza al criminal inconsciente, buscando los motivos involucrados en su acto asesino (Tendlarz & García, 2014).

En “Introducción Teórica a las Funciones del Psicoanálisis en Criminología” (1950), Lacan propone la necesidad de extraer una estructura que permita determinar un tipo de realidad para los actos de los sujetos. De acuerdo a él, en el acto a través del cual se ocasiona la destrucción de otro con el objetivo de eliminar a la sede de alienación imaginaria, se manifiesta la estructura fundamental del ser humano.

Respecto a ello, Tendlarz y García (2014) sostienen que es posible hallar en el pasaje al acto tanto una estructura signifiante que permitirá leer al sujeto en relación al acto como así también una dimensión libidinal, que supone la inclusión del objeto. Es por eso que ambos autores, siguiendo a Lacan, afirman que en el pasaje al acto se devela la estructura fundamental del mismo. En lo que refiere a su conducta observable, se evidencia una discontinuidad de la subjetividad y de la cadena de motivos, que excede lo premeditado por el sujeto. El acto de matar, por tal, supone una ruptura de la continuidad a partir de la cual cambia radicalmente la posición del sujeto. No obstante, no todas las formas de pasaje al acto conllevan una modificación del vínculo entre el sujeto y la fuente de goce. En los asesinatos en serie, por ejemplo, no ocurre ninguna sustitución ni extracción de goce que genere un alivio.

En lo que respecta a la función del pasaje al acto, la misma varía de acuerdo a la estructura clínica en la cual se presente. La búsqueda estará siempre centrada en la implicación subjetiva vinculada al crimen, antes y después del mismo, y en la observación de un posible cambio en ella, con el objetivo de analizar el grado de responsabilidad del sujeto desde una concepción psicoanalítica (Tendlarz & García, 2014).

3.2 La psicopatología

Originariamente, el término psicopatología se formó como una abreviatura de psicología patológica, debido a que así se llamó a esta disciplina cuando surgió en el campo de la psiquiatría (Mazzuca, Godoy, Schejtman & Zlotnik, 2010).

Si bien en concordancia con lo anteriormente detallado puede tomarse a la psicopatología como la base de la psicología clínica y de la psiquiatría en tanto aplicaciones a la salud mental, actualmente ésta es considerada como una entidad distinta de ellas. Desde una perspectiva psicoanalítica, la psicopatología resalta el carácter fundamental del saber freudiano respecto del malestar subjetivo, diferente a los discursos tanto psiquiátricos como psicológicos sobre el campo psicopatológico (Sierra Rubio, 2013).

En lo que respecta a la caracterización de constructos tales como lo normal, lo patológico, salud o enfermedad, de acuerdo a Mazzuca et. al (2010) las cuatro nociones mencionadas conservan un componente ético de carácter irreductible. Al abordar esta temática y en el intento de clasificar las diversas teorías de la enfermedad existentes en aquel entonces, Canguilhem (1971) aunó sus diferentes concepciones en dos vertientes a las que llamó concepción dinámica y concepción ontológica. La primera, influida por la cultura griega, considera a la enfermedad como la ruptura de un equilibrio. La segunda, influida por la cultura egipcia, alude a un enfermar producto de sustancias dañinas extrañas al cuerpo, destacando de ese modo una oposición entre exterior e interior.

Debido a que la concepción dinámica de la enfermedad hace énfasis en la armonía de distintos factores, Mazzuca et. al (2010) advierten su correspondencia con las nociones freudianas, alusivas al conflicto y al equilibrio, ya que las circunstancias exteriores son concebidas como desencadenantes y nunca como causales directas de enfermedad. Asimismo, los autores sostienen que el trabajo de Canguilhem pone de relieve tanto la dificultad de una delimitación unívoca de los conceptos de salud y enfermedad como también la influencia de elementos ideológicos ineludibles, resaltando que al creer que se está ofreciendo una definición científica de dichos constructos, puede inferirse la existencia de un sistema ético no explicitado detrás de los mismos.

El abordaje del campo psicopatológico requiere el examen de las enfermedades mentales que lo componen, y su respectiva articulación a través de una teoría que permita explicarlas. Para alcanzar tal objetivo, es necesario considerar los aspectos semiológicos, patogénicos, etiológicos y las nosologías psicopatológicas (Muñoz, 2015).

Debido a que lo patológico es definido como aquello que se aplica a la enfermedad, podría decirse que lo normal no se opone a ello, sino a lo anormal. La frontera entre lo normal y lo patológico deberá ser examinada en la singularidad de cada

sujeto. Un organismo es considerado normal cuando se adapta a su funcionamiento, no obstante, puede no estar sano. Es decir que la salud no estaría determinada por la capacidad adaptativa en sí misma, sino por la posibilidad de instaurar nuevas normas ante situaciones adversas (Tendlarz & García, 2014).

Desde un enfoque psicoanalítico, se considerará como sana a aquella persona que no haya manifestado dificultades internas o externas que superen su equipo afectivo o sus facultades personales de defensa, y cuyas necesidades pulsionales y sus procesos primario y secundario presenten una interacción flexible en el plano personal y social (Bergeret, 1996). Asimismo, al instaurarse la represión con valor estructurante en el sujeto normal, en él existirá una zona opaca que se llamará inconsciente. La existencia del inconsciente no le quitará vitalidad ni pondrá en duda su existencia como sujeto, pudiendo vivir situaciones conflictivas con objetos totales diferenciados, afrontando las vicisitudes de su desarrollo como un sujeto con deseos y necesidades específicos, con sentimientos encontrados, que lo llevarán a una existencia saludable y a soluciones más o menos adecuadas, arribando así a la neurosis (Painceira, 1997).

Tal como destacan Mazzuca et. al (2010), desde la perspectiva del psicoanálisis, los aportes teóricos de Freud resultaron decisivos en la constitución del campo de la psicopatología al introducir la formulación de hipótesis sobre la formación de síntomas. Además, la clínica psicoanalítica le ha permitido a la psicopatología la extensión de sus conceptos y, por tal, ha sido uno de los principales campos de su aplicación (Muñoz, 2015). En palabras de Rubio et. al (2010), la psicopatología derivada del trabajo de Freud no se limita a una mera descripción de especies clínicas sino que centra su interés en el funcionamiento interno de las alteraciones. Por eso, es posible afirmar que las psicopatologías que surgen de allí en adelante efectúan un intento nuevo de aprehender lo patológico.

A través de su investigación, Freud se propuso articular la psicopatología y la psicología, fundando una disciplina que permitiera la comprensión no solo de lo patológico, sino también de lo normal (Muñoz, 2015). De su extenso recorrido teórico, puede detectarse la noción de que la patología muestra de modo exagerado aquellos mecanismos que también se hallan presente en el funcionamiento normal, pero en menor nivel. Es decir que existen diferentes grados, pero los mecanismos continúan siendo, en el fondo, los mismos; y diferirán en su adecuación y flexibilidad (Bergeret, 1996).

El surgimiento de la teoría freudiana abrió paso a un nuevo modo de abordar las consideraciones etiológicas, en tanto dio lugar a la concepción de un sujeto descentrado de la consciencia y cuyas expresiones del inconsciente son responsables de las diferentes formas en las que se presenta el sufrimiento psíquico (Muñoz, 2015).

A su vez, en la obra de Lacan puede distinguirse una concepción psicopatológica dentro de la cual los trastornos psíquicos se consideran organizaciones estables que se han cristalizado de modo precoz, debido a la implementación de mecanismos psíquicos inconscientes que el sujeto ha implementado con el objetivo de enfrentar la castración (Álvarez & Sauvagnat, 2004). Tal como señala Rabinovich (1995), lo característico de Lacan es sostener que toda realidad humana está organizada por tres órdenes - simbólico, real e imaginario- sosteniendo al final de su enseñanza que la estructura se encuentra constituida por ellos. De ese modo, las diferentes patologías dependerán de cómo los tres órdenes se anuden entre sí, siendo incorrecta la consideración de una patología de lo simbólico, de lo imaginario o de lo real, puesto que ésta se sustentará en el lazo existente entre los mismos y su ordenamiento particular.

En el pensamiento de Freud también es posible hallar una tendencia estructuralista, dado que su concepción nosológica tiende a concebir los trastornos anímicos como organizaciones bastante estables que se cristalizan precozmente en relación al empleo por parte del sujeto de mecanismos defensivos genéricos. A su vez, dichas organizaciones se consideran definitivas e irreductibles, dado que sus configuraciones clínicas resultan incompatibles con las del resto (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Por consiguiente, desde una perspectiva psicoanalítica, la psicopatología ya no se limitaría a la observación y descripción, sino además y fundamentalmente, a escuchar y descifrar lo que los síntomas, en su carácter de expresión simbólica de conflictos inconscientes, buscan expresar en la singularidad de cada sujeto (Muñoz, 2015). Lo anterior podría coincidir, entonces, con un abordaje de lo patológico centrado en el descubrimiento del sentido, y no únicamente en el conocimiento e interpretación de la información recibida (Rubio et. al, 2010).

3.3 La estructura psicopatológica

En la obra freudiana, el aparato psíquico fue presentado de varias maneras. La estructura del aparato alude a los lugares psíquicos, es decir, a la espacialización virtual de los diferentes niveles de procesamiento mental manifestados en secuencias

temporales. En base a ello, los fenómenos se definen, describen o explican en función de los lugares psíquicos implicados, representados a su vez en las llamadas primera y segunda tópicas.

Inicialmente, Freud efectuó una división del aparato en tres sistemas, a saber: Consciente, Preconsciente e Inconsciente, consideradas como tres subestructuras estables relacionadas entre sí en el nivel secuencial de los procesos psíquicos. Posteriormente, a raíz de la introducción del concepto de narcisismo y de sucesivas investigaciones sobre el Yo, desarrolló la segunda tópica, también integrada por tres instancias: Yo, Ello y Superyó.

Los dos modelos teóricos mencionados anteriormente no resultan antagónicos entre sí, sino que mantienen una relación de complementariedad, implicando la consideración de ambos en simultáneo una ampliación del alcance original de la perspectiva metapsicológica. Este constructo teórico permite, a su vez, la formulación de un modelo de la estructura básica del funcionamiento psíquico tanto normal como patológico (Calzetta, Raznoszczyk, Paolicchi, Bozzalla, & Naiman, 2016).

De acuerdo a Mazzuca et. al (2010), la nosología freudiana produce una simplificación respecto de las clasificaciones psiquiátricas que la antecedieron. Freud expuso tres modos específicos de los cuales se vale el yo con el objetivo de enfrentar la castración, y que definirán las tres estructuras clínicas con las que el psicoanálisis ordena su nosografía y orienta su práctica (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Por su parte, a partir de su lectura e interpretación de los textos de Freud, Lacan da un paso más, depurando aquella simplicidad y delimitando entre las categorías propuestas por el primero, tres estructuras: neurosis, psicosis y perversión. Dentro de la clínica psicoanalítica, a su vez, las estructuras resultantes de la tripartición sistemática constituirán tanto categorías psicopatológicas como también modalidades de la subjetividad.

Asimismo, tomando a Miller (2011), Calzetta et al. (2016), sostienen que Lacan plantea que los modos en que el sujeto inscribe su cuerpo y su goce se encuentran ligados no a la pregnancia del órgano genital, sino al falo como significante del deseo y la castración. La teoría del inconsciente del mismo halla su centro en el lenguaje y pone en juego la operatividad de la metáfora paterna, en tanto ley que rige el deseo humano, precisando sus límites.

Respecto a lo anterior, Rubio et al. (2010) precisan que desde una perspectiva lacaniana, la castración no alude sólo a la amenaza que provoca angustia en el niño así

como tampoco a la constatación de una falta que genera envidia del pene en la niña, sino que aquella se define, esencialmente, por la separación entre la madre y el hijo. La madre, en tanto mujer, sitúa al niño en el lugar de falo imaginario, identificándose el hijo con él para satisfacer el deseo materno. De ese modo, el niño se aloja en la parte faltante del deseo insatisfecho del Otro materno, estableciéndose una relación imaginaria consolidada entre una madre que cree tener el falo y un niño que cree serlo. Es por ello que desde esta óptica, el acto de castración recae sobre la relación madre-niño y no únicamente sobre el niño, a diferencia del postulado freudiano.

A su vez, el representante de la ley de prohibición del incesto y por tal, quien llevará a cabo la operación de corte, es el padre. En palabras de Rubio et al. (2010): “La palabra paterna encarna la ley simbólica”. Dicha ley, de carácter inconsciente y estructurada como un lenguaje, corta la ilusión de todo ser humano de identificarse con una omnipotencia imaginaria. La huella en el discurso que deja el padre simbólico corresponde al significante del Nombre-del-Padre, y sólo tendrá efecto en una metáfora cuando sustituya al deseo de la madre de modo literal.

Al leerlo en términos de la economía libidinal, el significado del hijo para la madre se encuentra signado por el lugar que ocupa para ella en tanto falo. Al dar el niño el primer paso necesario para el ingreso al mundo simbólico, es decir, renunciar a ser el falo de la madre, recibe su significación de la metáfora paterna. Lo anterior permite que el hijo salga de la alienación al deseo materno, configurándose como un sujeto dividido. El padre, entonces, convierte la relación madre-niño en un ternario simbólico, a través de su triangulación (Rubio et al., 2010).

El elemento que permitirá delimitar las posiciones será el modo en que es leída la Ley desde la posición de sujeto, ya que los fenómenos propios de las neurosis, psicosis y perversiones adquieren una estructuración dinámica desde la castración. La Ley, presente desde el inicio, es la que permitirá la aparición del sujeto (Rubio et al., 2010). De este modo, tal como señalan Tendlarz y García (2014), la inclusión de un sujeto dentro de una estructura neurótica, psicótica o perversa quedará determinada por la posición que este asuma frente a la castración. Así mismo, tal posición será ocupada por él en un discurso sostenido de forma inconsciente.

La estructura neurótica responde a un sujeto cuyo aparato psíquico ha reconocido la existencia de la castración, es decir que ésta se halla representada en su psiquismo, y ha sido apartada de las representaciones conscientes a través de la represión (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Al ahondar en la posición subjetiva neurótica, es posible afirmar que la vivencia de la ley como aquello que prohíbe caracteriza a los sujetos pertenecientes a la misma. Para ellos, el acceso a la madre supondría un goce absoluto que se encuentra prohibido por el padre. Desde la posición neurótica, existe una preferencia del mantenimiento del deseo incestuoso por sobre el hacerse cargo de su deseo atravesado por la castración simbólica. Mantener la ley como prohibición es hallarse ubicado siempre en un lugar desde donde proviene tal interdicción, escapando al deseo con el objetivo de preservar imaginariamente la existencia de un goce absoluto posible, al que no obstante, es imposible acceder debido a aquella prohibición. Asimismo, para que el sujeto le tema al interdictor es condición necesaria la creencia de que aquel se guardó para sí al objeto supuesto del goce. Al establecerse como central la prohibición sobre el deseo incestuoso, se reprime la Ley de castración.

Es en el síntoma al que se aferra el neurótico, causante de su padecimiento, que se efectúa la represión (Rubio et al, 2010). El sujeto neurótico se caracteriza por el rechazo del goce y, especialmente, por su negativa a ponerse al servicio del goce del Otro. De ese modo, aquel goce inicialmente rechazado halla un medio de expresión en el síntoma. El goce en el sufrimiento es una característica del masoquismo moral presente en todas las formas de la neurosis (Mazzuca et al, 2010).

Tal como se detallará en el próximo apartado, a diferencia de lo ocurrido en la neurosis, cuando la representación de la castración existió en el psiquismo del sujeto pero luego dicha realidad fue desmentida gracias al mecanismo de la renegación, se constituirá la estructura perversa. Finalmente, el rechazo de la representación de la castración en el aparato psíquico a través de la forclusión del Nombre del Padre, dará lugar a la estructura clínica de la psicosis (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Los elementos que componen una estructura no poseen propiedades intrínsecas, es decir, no cuentan con una esencia característica, sino que sus propiedades son extrínsecas en tanto dependen del lugar que ocupen en la trama de sus relaciones con los demás elementos. Las estructuras clínicas son aquellas construcciones o modos de acomodación del sujeto a la estructura del lenguaje, en tanto esta no es construida, sino que preexiste al sujeto y está presente desde aquel momento en que se habla de él, se lo nombra y moviliza determinados deseos en sus padres (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

De lo anterior se desprende la idea de que, desde la teoría psicoanalítica lacaniana, por un lado el sujeto se encuentra determinado por el significante en cuanto es supuesto por él, particularmente en el momento de la represión que constituirá el

síntoma; mientras que por otro lado estará definido en relación con aquel objeto causante de su deseo (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Al considerar como estructura a aquello que precede y determina la constitución subjetiva, las estructuras psicopatológicas surgirán del entramado particular de los mecanismos de formación de síntoma, las modalidades del deseo y del goce como efectos de la estructuración constitutiva del sujeto dividido; y por tal motivo es que quedarán sujetas a una perspectiva estructuralista. Allí será, entonces, donde se situarán los tipos clínicos que configurarán la psicopatología psicoanalítica. No obstante, existirá en cada caso una singularidad que difícilmente pueda ser comprendida en su totalidad por categorías nosológicas determinadas (Algaze, Caamaño & San Miguel, 2016) debido a que el psicoanálisis propone la búsqueda de la estructura en el fenómeno y no pone énfasis en la estructura por sobre el mismo (Muñoz, 2015).

Tal como fue mencionado previamente, Lacan retoma el saber de la psiquiatría en lo que hace a las categorías clínicas, y entonces habla de neurosis, psicosis y perversión, pero con el objetivo de revisar sus fenómenos con la premisa de la estructura del sujeto en cuanto determinado por la estructura del significante y del discurso, a partir de lo cual se refiere a ellos como tipos clínicos (Muñoz, 2015). De acuerdo a Mazzuca et al. (2010) la teorización realizada por él, a diferencia de la de Freud, resulta paradigmática en cuanto a la presentación de las diferentes categorías clínicas como estructuras subjetivas, es decir, como formas de constitución del sujeto caracterizadas por su posición diferencial respecto del deseo, el goce y la función del fantasma, entre otras variables subjetivas. Además, al señalar el síntoma como la forma de satisfacción pulsional por excelencia, el mismo cobra una función crucial en la realización del sujeto.

La causalidad psíquica es el determinismo particular que opera en el nivel de los procesos psíquicos. Si bien el decir del sujeto que es escuchado será una guía a partir de la cual podrá localizarse algo de la estructura del mismo, el determinismo psíquico no obedece a líneas de regularidad, es decir que la naturaleza de las causas no se halla vinculada de modo estable a la naturaleza de los efectos y por tal, no es posible realizar inferencias estables entre las causas psíquicas y los efectos sintomáticos a la hora de determinar un diagnóstico.

Lo anterior se debe a que las correlaciones existentes entre un síntoma y la identificación diagnóstica suponen la puesta en acto de una cadena de procesos intrapsíquicos e intersubjetivos que dependen de la dinámica del inconsciente, por lo

cual no es posible detectar de modo lógico e inmediato la estructura del sujeto que manifiesta un síntoma determinado. Será en el despliegue del decir del sujeto que se manifestarán los indicadores diagnósticos estructurales. No obstante, los síntomas, en tanto carteles de señalización impuestos por la dinámica del deseo, sí podrían ofrecer información respecto del funcionamiento de la estructura. El perfil predeterminado de la economía del deseo constituirá un rasgo distintivo de cada estructura en particular, y estará regido, a su vez, por una trayectoria estabilizada denominada rasgo estructural (Dor, 2000).

En consecuencia, el diagnóstico estructural en psicoanálisis implica que ningún síntoma tiene entidad propia por fuera del sistema de relaciones que establece con los otros elementos del sistema, y por eso un elemento aislado no puede revelar la estructura subjetiva (Muñoz, 2015).

En palabras de Álvarez y Sauvagnat (2004), una perspectiva teórica psicoanalítica le otorgará fundamental importancia a los modos de relación de los elementos que componen una estructura, más que al valor intrínseco de cada uno, así como también al lenguaje en tanto fenómeno estructurante de la subjetividad. A este respecto, Rubio et al. (2010) definen a las estructuras clínicas como variedades de tipos clínicos que se estructuran en base a las relaciones del sujeto con el deseo del Otro, y por ese motivo, sólo pueden localizarse en el campo del lenguaje y en función de la palabra del sujeto. A raíz de ello, señalan que la estructura clínica no es un código de lectura sino una condición de legibilidad. La relación del sujeto al deseo del Otro consiste, precisamente, en una posición subjetiva del ser.

En concordancia con lo anterior, Mazzuca et al. (2010) añaden que, independientemente de que las estructuras clínicas alcancen o no el terreno de lo patológico, suponen modalidades subjetivas en tanto constituyen posiciones diferenciales del sujeto en relación con el deseo, el goce, las defensas, la fantasía y la realidad.

Las tres estructuras psicopatológicas mencionadas al inicio de este aparato pueden ser abordadas tanto desde una perspectiva general que permite detectar los elementos comunes y sus modalidades estables de configuración, logrando de ese modo vincular a aquellos sujetos que compartan esa misma matriz invariable; como también desde una perspectiva particular, a través de la cual es posible hacer énfasis en las variaciones subjetivas y la singularidad de cada caso. En tanto la segunda perspectiva no contradice sino que complementa a la primera, se considera a la clínica psicoanalítica

como una clínica que supone un movimiento dialéctico permanente entre lo particular y lo universal (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

Asimismo, las tres grandes estructuras clínicas detalladas admiten distintos tipos clínicos como la histeria, la neurosis obsesiva y la fobia en el caso de la neurosis; y la paranoia, la esquizofrenia y la psicosis melancólica y maníaca en el caso de la psicosis. La variedad de presentación de la perversión dependerá de su fin y su objeto en cada caso particular. Cada una de estas formas clínicas comparte con las de su misma estructura el mecanismo defensivo genérico, pero difiere parcialmente tanto en el resto de los mecanismos particulares como en la forma subjetiva de experimentarlo (Álvarez & Sauvagnat, 2004). A continuación, se procederá a ahondar en los elementos característicos de las dos estructuras psicopatológicas comúnmente asociadas a los sujetos que incurren en la criminalidad serial.

3.3.1 Psicosis

En base al análisis de lo propuesto por Freud a lo largo de su obra, Bafico (2016) señala que el Yo debe responder ante las exigencias del Ello, del Superyó y del mundo exterior. El desarrollo de una neurosis o una psicosis, entonces, dependerá del modo en que el Yo responda a dicha tensión conflictiva. En el caso de la psicosis, el Yo resulta avasallado por el Ello, es decir por las fuerzas pulsionales, cancelando de esa manera su vínculo con la realidad. En este sentido, el delirio podría cumplir una función de reconstrucción, aunque perturbada, de algún lazo con el mundo. Desde una perspectiva económica, Freud destaca en la génesis de la psicosis el valor de la regresión de las catexias, a través de la cual la libido se retira del mundo externo y, en consecuencia, los objetos pertenecientes al mismo dejan de parecer reales. A su vez, dicha regresión halla su origen en frustraciones precoces e intensas.

Desde una perspectiva psicoanalítica lacaniana, al trabajar con sujetos, resulta necesario saber de qué modo se detecta y a partir de qué fenómenos es posible precisar un sujeto psicótico (Chamorro, 2002). De acuerdo a Mazzuca et al. (2010), la subjetividad psicótica se caracteriza -a diferencia de la neurosis y la perversión-, por la forclusión del Nombre-del-Padre.

Mientras que las diferentes formas de neurosis suponen una patología del deseo, en cuanto a que se desarrolla en exceso dicha función con el objetivo de consolidar la defensa contra el goce, al no haberse cumplido la operación de la castración, en la estructura psicótica no se produce la separación del cuerpo, del goce y del sujeto. Por

ello es posible detectar en la esquizofrenia diversas modalidades de retorno del goce al cuerpo, y en la paranoia un predominio de fenómenos ocasionados por el retorno del goce en el Otro, al cual se le adjudica la intención de gozar del sujeto. En base a lo anterior, Mazzuca et al. (2010) hacen referencia a las psicosis como patologías del goce. Del mismo modo, es posible caracterizarlas como patologías del lenguaje, en tanto en ellas no se ha cumplido el efecto del mismo.

Por su parte, Estroz (2017) sostiene que la ausencia de voluntad de goce en la psicosis se debe a la existencia de una falla en la represión primaria que impide la constitución del inconsciente de la misma manera en que se consolidaría en la neurosis o la perversión, por lo que en lugar de fundarse el deseo, prevalecen fenómenos de tanto de fijeza como de certeza, comprobando ambos una posición de sujeto alienado al goce del Otro.

Tal como detalla Chamorro (2002), el un-padre es una función conceptualmente vinculada al desencadenamiento de la psicosis. El autor sostiene que, en numerosas ocasiones, cuando alguien ocupa el lugar de un-padre para otro sujeto, es decir aquel que le dicta la Ley, puede conducir al surgimiento de una psicosis al ser alojado lo dicho como un ordenamiento de su vida, su pulsión y su goce. En relación a ello es que Lacan desarrolla el concepto de forclusión del Nombre del Padre. Lo forcluido o rechazado de lo simbólico retorna en lo real, manifestándose para el sujeto de un modo profundamente intrusivo (Mazzuca et al., 2010).

En relación a lo anterior, Rubio et al. (2010) sostienen que el sujeto psicótico se encuentra en la posición subjetiva de aquel que apela a un significante ordenador, el del Nombre-del-Padre, el cual no responde debido a que carece de él. A diferencia de la neurosis, en la cual los síntomas son del sujeto, en el campo de la psicosis los síntomas son del Otro, implicando esto un trastorno en la relación con el mundo (Chamorro, 2002). A este respecto, Estroz (2017) añade que la forclusión de la inscripción del significante del Nombre del Padre ocasiona un hueco en el registro simbólico, a partir del cual le resultará imposible al sujeto dar respuesta ante la contingencia que supone un llamado a responder con aquello que debería estar, pero falta. De acuerdo al autor, lo anterior ocasiona un desorden libidinal en el cual los recursos simbólicos del sujeto no están presentes para responder ante el retorno de lo real. Asimismo, Maleval (2002) afirma que es posible concebir la especificidad de la forclusión simbólica debido a la introducción de la noción de ausencia de un sostén del armazón simbólico, en tanto Lacan plantea en *De Una Cuestión Preliminar a Todo Tratamiento Posible de la Psicosis*

(1957) que la falta de ese significante primordial será aquello que le confiera a la psicosis su condición esencial, refiriéndose a la misma como forclusión del Nombre del Padre.

Retomando el concepto de pasaje al acto abordado en el apartado anterior, Tendlarz y García (2014) destacan en el pasaje al acto psicótico la fuerza desarticulada e imposible de delimitar del fantasma. En el caso de los asesinos seriales psicóticos, la aceleración evidenciada en los tiempos transcurridos entre un asesinato y el otro es una característica que, en numerosas ocasiones, permite identificarlos. En cuanto a los crímenes llevados a cabo por aquellos sujetos, sobre lo cual se profundizará más adelante, resulta de gran importancia establecer una distinción entre aquellos surgidos a raíz de un estado delirante de los llamados homicidios inmotivados, en los cuales se destaca la agresión simbólica y a los que Tendlarz y García (2014) hacen referencia como crímenes del ello. A ese respecto, en palabras de los autores: “Lo que el sujeto quiere matar aquí no es su yo ni su superyó sino su enfermedad o, de manera más general, el mal” (p. 73).

A continuación, se expondrán los casos de dos asesinos seriales en los cuales podrá verse reflejada la estructura psicopatológica caracterizada en el presente apartado.

3.3.1.1 Richard Trenton Chase

Richard Trenton Chase nació en el año 1950 en Sacramento, California, dentro de un hogar de clase media. Desde temprana edad, comenzó a descuartizar animales pequeños (Bafico, 2016). Al cumplir 12 años, su madre repentinamente comenzó a manifestar acusaciones hacia su padre por infidelidad, tentativa de envenenamiento y uso de drogas.

Durante el colegio secundario, Richard era un estudiante promedio, sin amigos cercanos. En este período su personalidad fue transformándose, volviéndose rebelde, desafiante y de apariencia física desalineada. A sus 15 años comenzó a consumir LSD y en 1965 fue arrestado por posesión de marihuana, a la vez que comenzaron a manifestarse en él síntomas atribuibles a una esquizofrenia paranoide. Chase se graduó del colegio en 1969, y posteriormente le fue imposible mantener estudios universitarios y un empleo estable (Vronsky, 2004).

En el año 1971, luego de mudarse con unos amigos, comenzó a desarrollar ideas persecutorias referidas a una organización criminal nazi, por la cual creía ser perseguido. Debido a ello se mantenía alerta de modo constante, afectando esto

gravemente su calidad de sueño. A este respecto, manifestaba sentirse observado y oír voces amenazantes que le indicaban que su madre lo estaba envenenando progresivamente y que, por eso, iba a morir pronto.

Asimismo, en el año 1972 tras afeitarse la cabeza por considerar que los huesos de su cráneo estaban sufriendo una transformación, agujereándole la piel, acudió a un médico al cual le dijo, además, que su sangre no podía circular por sus venas debido a que alguien había extraído su arteria pulmonar (Bafico, 2016). En el mismo año, sufrió arrestos ocasionales por manejar ebrio y al año siguiente fue acusado por resistencia a la autoridad policial, luego de una fiesta en la cual lo hallaron portando un arma sin licencia.

En 1976, al descubrirlo su madre descuartizando a un conejo e inyectándose la sangre del mismo porque, en sus palabras “le faltaba sangre”, fue llevado a un hospital psiquiátrico en el cual lo llamaban “Drácula” y era conocido por quienes allí trabajaban como un paciente “aterrador”, debido a que solía ir al jardín de la institución, donde capturaba pájaros y les arrancaba la cabeza con los dientes con el objetivo de beber su sangre (Vronsky, 2004). A este respecto, Chase sostenía que debía hacerlo para evitar la muerte, en tanto su sangre se estaba convirtiendo en polvo y un ácido corroía su hígado. Tras ese episodio, le diagnosticaron esquizofrenia paranoide (Bafico, 2016). Por considerar que su condición podía ser estabilizada con medicación, los profesionales de la clínica psiquiátrica lo dejaron ir bajo la custodia de su madre, quien aún creía que su marido quería envenenarla. Luego de su salida, a sus 28 años, cometería su primer asesinato.

En agosto del año 1977, Richard fue detenido para un control policial rutinario, durante el cual lo hallaron cubierto en sangre y en posesión de rifles y un balde lleno de sangre, pero fue liberado tras corroborar que la misma era bovina. En septiembre, Chase mató a su gato durante una discusión con su madre. Asimismo, dos veces en el mismo mes compró perros de un refugio de animales. Paralelamente, la policía de su vecindario continuaba recibiendo reportes de mascotas perdidas. En diciembre, compró un arma calibre 22 que utilizó durante varios días para disparar a las casas de sus vecinos desde su camioneta, momento en el cual -se sabría al finalizar el proceso policial- mató a su primera víctima.

El lunes 23 de enero del año 1978, el departamento de policía local de Sacramento contactó al FBI solicitando asistencia para la resolución de un homicidio fuera del rango de su experiencia usual: David Wallin había vuelto a su casa alrededor

de las seis de la tarde, hallando a su esposa Terry de 22 años, embarazada, muerta en su habitación. La mujer había sido atacada en el living de la casa mientras sacaba la basura a través de la puerta frontal, lo cual se corroboró por los signos de lucha evidenciados desde la puerta hasta la habitación. A su vez, se hallaron en la escena dos cascos de un arma calibre 22.

Terry había recibido cuatro disparos en la cabeza. La víctima había sido desnudada, luego de lo cual se la hirió con un cuchillo reiteradas veces, extendiéndose el corte principal desde el pecho hasta su ombligo. Una porción de sus intestinos caía desde la herida, mientras que otros órganos habían sido extraídos de la cavidad corporal. Muchos miembros corporales externos no se hallaron. Se evidenció que el asesino había dirigido una gran cantidad de puñaladas hacia el pecho izquierdo, retorciendo el cuchillo dentro del mismo. Además de hallar heces de animal dentro de la boca de la víctima, se detectó que un pote plástico de yogurt había sido empleado para recolectar su sangre y en base a los rastros del mismo, se supo que el ofensor lo utilizó para beberla. Dos días después del crimen, se halló en el mismo vecindario un perro cuyos órganos habían sido removidos, muerto por el mismo arma utilizada en el asesinato de Terry Wallin (Vronsky, 2004).

Al rastrear los movimientos de la primera víctima correspondientes al día de su muerte, la policía halló registros de una compra en un shopping cercano a su casa, en base a lo cual se especuló que el asesino la hubiera seguido desde allí. Cuatro días después el ofensor atacó nuevamente, cerca de esa locación.

Los vecinos descubrieron tres cadáveres alrededor de las 12.30 del mediodía. Una mujer de 36 años, su hijo de 6 años, y un amigo de la familia de 52 años. El sobrino de la mujer de 22 meses, a quien estaba cuidando, estaba desaparecido. Mientras que los dos varones murieron a causa de disparos, la mujer fue mutilada de forma más severa que Terry. Había dos cortes a través de su abdomen a través de los cuales se asomaban sus vísceras, hallándose el resto de su cuerpo cubierto con puñaladas, muchas especialmente dirigidas a su rostro y zona anal. Por otra parte, la almohada del bebé estaba cubierta de sangre, y se halló en el baño agua sanguinolenta, materia fecal y trozos de cerebro. En base a ello, se consideró posible que el asesino hubiera lavado el cadáver del niño. Un balde encontrado en la casa confirmó que, tal como en el primera escena, el ofensor también había recolectado la sangre para beberla. Luego de cometer el crimen, escapó en el auto de la mujer, pero éste fue hallado a corta distancia, con las llaves puestas y el motor encendido.

Tras analizar ambos crímenes, el agente del FBI Robert Ressler consideró posible que el asesino hubiera comenzado a beber sangre antes de matar, por lo que le sugirió a la policía que llevara a cabo una búsqueda intensa, preguntándoles a los vecinos si habían visto un individuo desaliñado con manchas de sangre en su vestimenta. Durante la encuesta, una mujer comentó a la policía que se había encontrado con un sujeto de esas características en el shopping cercano a la primera escena del crimen alrededor de dos horas antes del asesinato de Terry Wallin, a quien reconoció como un ex compañero del secundario. Debido al notable cambio en su apariencia y al verlo tan desmejorado, tuvo que preguntarle su nombre: Richard Chase. Tras el breve encuentro, ella se dirigió a su auto y cuando se subió al mismo, Richard intentó subirse del lado del pasajero pero no le fue posible porque la puerta estaba cerrada, en ese momento ella escapó manejando, perturbada por la actitud de Chase.

La policía buscó la dirección de Richard Chase, hallándola a menos de una cuadra de donde había sido abandonado el auto del último crimen. Al acercarse un oficial al muchacho, él empezó a correr y fue rápidamente capturado. Tenía encima un arma calibre 22, la cual fue identificada como aquella empleada en el primer caso, así como también una caja llena de harapos remojados en sangre.

Tal como había sugerido Ressler en sus notas de perfilación iniciales, el camión de Chase se encontraba descuidado, con diarios viejos, latas de cerveza vacías, cartones de leche y harapos. En una caja cerrada, la policía halló un cuchillo de carnicero y un par de botas de goma llenas de sangre. El departamento de Richard, donde vivía solo, estaba completamente desorganizado, lleno de prendas de ropa sucias, algunas de las cuales se encontraban manchadas de sangre. Además, se hallaron allí licuadoras con sangre dentro y platos en el refrigerador con restos humanos. Asimismo, la policía detectó numerosos collares de gatos y perros correspondientes a las descripciones de las mascotas reportadas como desaparecidas en el área. El cuerpo parcialmente consumido del bebé desaparecido no fue encontrado sino hasta meses después, no lejos de donde vivía Chase.

Al evaluar la secuencia criminal en retrospectiva, la policía descubrió que a diferencia de lo que habían creído inicialmente, Terry Wallin no había sido la primera víctima de Richard Chase. Unas semanas antes de aquel episodio, una mujer había recibido un disparo en el pecho mientras guardaba las compras en su auto, de un arma calibre 22. Posteriormente, se supo que el ofensor disparó desde su camioneta e inmediatamente escapó antes de que llegaran los testigos a escena. Respecto de eso,

Chase confesó tiempo después que aquel suceso había ocurrido por accidente, ya que por estar enojado con su madre, disparó aleatoriamente desde su auto (Vronsky, 2004).

Bafico (2016) señala que en la entrevista que Chase mantuvo con el investigador Robert Ressler, no mostró señales de agresividad, manteniendo una actitud pasiva durante la misma. Sobre los motivos que lo llevaron a cometer los crímenes, expresó que los cometió para obtener la sangre que necesitaba para preservar su vida, y en base a aquella idea armó su apelación. Asimismo, le manifestó a Ressler que sufría del envenenamiento de jabonera, explicándole que lo había descubierto dado que si, al levantar la pastilla de jabón la parte de abajo se encuentra seca, el sujeto está sano, pero si al hacerlo dicha parte está pegajosa, es un indicio de que el sujeto sufre del envenenamiento de jabonera. Además, Richard sostuvo que a lo largo de su vida había sido objeto de persecución de los nazis debido a que era judío de nacimiento, y que estos, en complot con los ovnis que sobrevuelan la tierra, le habían ordenado telepáticamente que asesinara para reponer su sangre. A través de ese razonamiento, concluía que la totalidad de sus crímenes habían sido en defensa propia.

Finalmente, Richard Trenton Chase fue sentenciado a muerte. En el año 1980, tras acumular numerosas dosis de calmantes e ingerirlos a la vez, fue hallado muerto en su celda.

3.3.1.2 Herbert William Mullin

Herbert William Mullin nació en el año 1949 en Santa Cruz, California, en un hogar católico predominantemente estable, caracterizado en los diversos registros del caso como estricto. Era popular en el colegio y jugaba en el equipo de fútbol. Era muy cortés y correcto, tenía un desempeño académico excelente y fue votado por sus compañeros como aquel que más posibilidades de éxito tendría en su vida futura.

El primer indicador de cierta inestabilidad mental surgió a sus 16 años, cuando su mejor amigo murió en un accidente automovilístico. Desolado, Mullin creó un santuario para su amigo en su habitación y comenzó a obsesionarse con la idea de que podría ser homosexual. Al cumplir 17 años, comenzó a escuchar voces distantes. Entre sus 18 y 24 años, tuvo una serie de hospitalizaciones en instituciones psiquiátricas. Durante uno de sus períodos de estabilidad, se inscribió en la universidad de Cabrillo y obtuvo un título en arte, un premio en dibujo mecánico y diseñó la cabina de información turística de Santa Cruz. En 1968 se inscribió en la universidad de San José, pero su estado mental comenzó a desestabilizarse nuevamente. En cierta oportunidad

fue recogido por oficiales de la policía local, balbuceando para sí mismo y vagando sin rumbo (Vronsky, 2004). En ese entonces, Mullin comenzó a consumir marihuana y LSD (Rámila, 2011).

En 1969, en una visita a su hermana, comenzó a imitar todo lo que realizaba su cuñado, y por otros momentos permanecía inmóvil, mirándolos fijamente. A la mañana siguiente, su hermana lo llevó a un instituto mental y Mullin realizó allí un ingreso voluntario. Como no dio indicios de inclinaciones de herirse a sí mismo o a otros, le permitieron retirarse al cabo de una semana.

A partir de allí, comenzó a experimentar un estilo de vida hippie, dejando crecer su cabello y su barba y adoptando religiones orientales. Posteriormente, abandonó aquello para cortar su cabello y comenzar a vestir de traje y corbata. En ese entonces, se acercaba a mujeres desconocidas en la calle proponiéndoles matrimonio. Más adelante, viajó a un barrio homosexual de San Francisco y comenzó a proponerles matrimonio a los hombres que allí vivían, viajando luego a Hawái, donde terminó institucionalizado en un hospital psiquiátrico. Ya de vuelta en California, fue institucionalizado en numerosas ocasiones.

En una de sus salidas, se detuvo en la puerta de una iglesia católica gritando que en realidad no era cristiana, pero poco tiempo después de ese incidente comenzó estudios en un seminario para ser sacerdote católico. Posteriormente, apareció en un gimnasio en San Francisco utilizando un sombrero y llevando una Biblia, y comenzó a pensar que sería un gran boxeador, actividad que abandonó poco después. Mullin intentó unirse a la Marina con la ayuda de su padre, un ex coronel del Ejército. Si bien completó exitosamente el entrenamiento básico, no logró aprobar el examen psiquiátrico. No obstante, algunas versiones sostienen que no logró ni siquiera superar el entrenamiento básico.

Herbert comenzó a creer que las vidas americanas sacrificadas en la Guerra de Vietnam estaban salvando a California de un gran terremoto. En septiembre de 1972, regresó a la casa de sus padres en Santa Cruz. Pasó ese mes estudiando profundamente la Biblia. Mullin declaró posteriormente que en ese momento descubrió que matar era una tradición bíblica y que su padre había reforzado esa creencia. De acuerdo a sus declaraciones, su padre solía obligarlo a ir a cazar ciervos para reforzar su masculinidad. Herbert comenzó a escuchar las voces incorpóreas de sus padres ordenándole que sacrificara vidas para salvar a California del gran desastre natural que la amenazaba. Él declaró sólo les había tomado un mes llevarlo a matar.

En octubre de 1972 estaba manejando cuando vio a Lawrence White, un vagabundo de 55 años, caminando sobre el borde de la carretera. Mullin detuvo su auto por delante de White, y cuando éste se acercó, lo asesinó de dos golpes en la cabeza con un bate de baseball. Luego arrastró el cadáver hasta unos arbustos y lo dejó allí.

Pronto comenzó a escuchar la voz de su padre explicándole que la contaminación provenía del interior de los cuerpos de las personas, a la vez que leía registros de las disecciones de Michelangelo en “La Agonía y el Éxtasis” de Irving Stone. A fines de octubre recogió a Mary Guilfoyle, una estudiante que estaba haciendo autostop. Cuando ella subió en su auto, él hundió un cuchillo sobre su pecho, asesinándola. Posteriormente, arrastró su cadáver al bosque, donde abrió su abdomen y retiró sus órganos para inspeccionarlos en busca de rastros de contaminación. Para una inspección más precisa, colgó los intestinos de su víctima en las ramas de un árbol.

Aún profundamente vinculado a su fe católica, Mullin se dirigió en noviembre a la Iglesia St. Mary para pedirle ayuda a un sacerdote. Mientras que el Padre Henri Tomie estaba confesándolo, Herbert comenzó a alucinar que éste le pedía que lo asesinase, recordando haberle dicho al sacerdote que su padre había estado ordenándole telepáticamente que sacrificara seres humanos. A este respecto, sobre la conversación que mantuvo con el Padre Henri, el agresor expresó tiempo después que aquel le había solicitado ser voluntario para su próximo sacrificio. A continuación, Mullin golpeó, pateó y apuñaló seis veces al sacerdote en el pecho y la espalda, dejándolo morir en la cabina de confesión (Rámila, 2011; Vronsky, 2004).

En diciembre compró un arma. A partir de allí, comenzó a creer que eran las drogas (marihuana y LSD) las que ocasionaban ese comportamiento en su persona. En enero de 1973 fue a buscar a su ex compañero de fútbol James Gianera, quien lo había iniciado en el uso de la marihuana. Por error, arribó a la casa de Kathy Francis, una vecina de Gianera que vivía junto a sus dos pequeños hijos. Luego de informarle la dirección correcta de su ex compañero, Mullin comenzó a alucinar que Francis le decía que tanto ella como sus hijos querían ser sacrificados. Finalmente, fue encontrada en el suelo de la cocina apuñalada en el pecho, con un disparo en la cabeza, y sus dos hijos en sus camas apuñalados a través de la espalda y también con un disparo en la cabeza. Después de ello, Herbert se dirigió hacia la casa de James Gianera. Tras una breve conversación sobre los viejos tiempos, lo asesinó de un disparo para después asesinar a su esposa mientras ésta corría tratando de escapar.

En febrero de 1973, Mullin se topó con cuatro adolescentes que estaban acampando en un parque. Les disparó a los cuatro, asesinándolos porque, como explicó luego, pensó que estaban perturbando el medioambiente.

En su último crimen conocido, Mullin circulaba con su auto por un barrio cuando estacionó frente a una vivienda y le disparó desde la ventanilla a un desconocido, Fred Pérez, que estaba trabajando en su jardín, y calmadamente siguió conduciendo su automóvil por dicho barrio. Con la descripción del auto, la policía aprehendió a Mullin, quien se negó a cooperar.

Durante su custodia, comenzaron a unir todos sus crímenes. Él negó firmemente haber cometido los homicidios, a la vez que decía estar convencido de que las voces lo estaban guiando para ser el salvador del mundo. Explicó que “Satán ingresa en las personas y las fuerza a hacer cosas que ellas no quieren hacer” (Vronsky, 2004, p. 155). Mullin creía que asesinando personas iba a prevenir el gran terremoto que amenazaba a California.

En el interrogatorio policial al cual fue sometido, Herbert manifestó que los seres humanos, a través de la historia del mundo, han protegido a los continentes de grandes terremotos, a través del asesinato, calificando esto último como un desastre natural menor que impediría un desastre natural más pernicioso.

Finalmente, a pesar de haberse establecido que sufría de esquizofrenia, Herbert William Mullin fue condenado a cadena perpetua por diez homicidios, habiendo cometido trece en total (Vronsky, 2004).

Al efectuar un análisis de los casos presentados en base a lo mencionado previamente, es posible detectar tanto en Richard Trenton Chase como también en Herbert William Mullin una estructura psicótica. En lo que respecta a Chase, Bafico (2016) parte de la idea delirante que manifestaba el mismo alusiva a ser judío de nacimiento y haber sufrido a lo largo de su vida la persecución de una organización nazi que actuaba en conjunto con alienígenas, para afirmar que en aquel punto del delirio es que Richard puede hacer frente a aquello que lo invade, tras años de armar progresivamente la idea del envenenamiento. A este respecto, Estroz (2017) añade que en la paranoia, la presencia del Otro persecutorio cobra tal relevancia que, al combinarse con la autorreferencia y la certeza propia de la psicosis, resulta en una idea delirante que condiciona notablemente la conducta del sujeto. A su vez, el caso de Mullin es caracterizado por Rámila (2011) como una esquizofrenia paranoide, en cuanto a que Herbert tomó información sesgada de diversas fuentes, creando en su mente la

idea de ser el elegido para llevar a cabo el cometido de salvar a la humanidad de una catástrofe climática, a partir de una serie de alucinaciones auditivas. En ambos casos, al tratarse de una estructura psicótica, se infiere el fracaso de la metáfora paterna, resultando imposible la represión inaugural y produciéndose, en consecuencia, una invasión de goce desde lo real sobre el sujeto (Estroz, 2017). Expresándolo en términos freudianos, se vislumbraría un goce pre-genital, no sometido a la prioridad del falo. De acuerdo a lo propuesto por el autor, podría considerarse como el denominador común a todo desencadenamiento psicótico, el encuentro de un goce del Otro con la imposibilidad del sujeto para hacerle frente. Ante aquel desamparo, el psicótico rearma un nuevo armazón.

3.3.2 Perversión

El hecho de efectuar una aproximación superficial al fenómeno de la perversión trae consigo consecuencias desfavorables para el abordaje riguroso de la posición perversa, en tanto la ambigüedad con la que suele aludirse al término da paso a que para su estudio y comprensión, se la entienda como una serie de actos y conductas y no como un proceso subjetivo. Es por eso que, desde una perspectiva psicoanalítica, resulta fundamental mantener la complejidad de su abordaje desde un punto de vista estructural, señalando el reduccionismo conceptual en el cual se ha caído (Sánchez Domínguez, 2014).

En la misma línea, Tendlarz y García (2014) destacan la necesidad de distinguir entre actos perversos y estructura perversa, ya que es posible detectar actos comúnmente asociados a la estructura perversa, en otras posiciones subjetivas. Algunos sujetos neuróticos, por ejemplo, manifiestan actos a los que Lacan se refirió en su obra como perversiones transitorias.

En el Seminario “La Identificación” (1962), Lacan refiere que debido a que la perversión está a nivel del goce, la parte corporal puesta en juego para acceder a él no reviste gran importancia y, por ese motivo, considera que para definir la perversión no resulta conveniente limitarse al plano sexual sino que la misma surge en un plano relacional (Marchesini, 2014). En este sentido, Rubio et al. (2010) también señalan que dicha posición no está caracterizada por trastornos o desviaciones sexuales, por lo que tampoco bastaría con vincularla a la noción de parafilia.

En su elaboración de la perversión, Lacan la presenta como una forma especial de negar la castración, suponiendo la última un sacrificio necesario de la satisfacción. Lo anterior significa ser el falo que le falta al Otro, es decir, identificarse al objeto imaginario del deseo como falo (Tendlarz & García, 2014). Al respecto, Sánchez Domínguez (2014) señala que la dialéctica del perverso se encuentra sostenida en dos tiempos lógicos ante la castración, uno de reconocimiento y el otro de desmentida, siendo lo último posible porque el reconocimiento de la castración no conduce necesariamente a su asunción. Allí entrará en escena, entonces, el fetiche como sustituto simbólico de falo, velando por el falo que le falta a la madre y tornándose este en el operador simbólico central. Freud, por su parte, aborda el fetichismo como modelo de la perversión en diferentes momentos de su obra, y lo caracteriza fundamentalmente por su fijación y la exclusividad que supone como condición de goce (Tendlarz & García, 2014).

En su obra *Fetichismo*, Freud (1927), sostiene que el fetiche se fija como sustituto del falo materno al cual el niño no quiere renunciar, desmintiendo de ese modo el encuentro con la castración. De lo anterior se desprende que la esencia de la perversión es restitutiva, en tanto el sujeto devolverá forzosamente aquel objeto perdido en el campo del Otro, aceptando y negando a la vez la falta. En concordancia con lo anterior, de acuerdo a Rubio et al. (2010) la postulación de un fetiche implica renegar no sólo la castración sino también el significante del deseo, en tanto su mero planteo efectúa el aporte del falo. De ese modo, el fetiche ocupa el lugar del significante de la Ley, haciendo presente en lo real al Nombre-del-Padre. El lugar que para el neurótico encarna el síntoma, para el perverso lo hará el fetiche.

En base a lo anteriormente mencionado, es posible señalar que al abordar la estructura perversa, contrariamente a lo ocurrido en la psicosis, se alude a una subjetividad en la cual se ha inscripto el significante primordial del Nombre del Padre, que organiza las significaciones así como también transmite un modo particular de goce (Estroz, 2017).

Tal como se ha expresado anteriormente, es posible detectar diferentes posiciones subjetivas ante la Ley a partir de la cual se forma el deseo, constituyendo la posición neurótica aquella que la lee como una prohibición y en la cual lo reprimido retorna en el síntoma, efectivizando de ese modo la represión. A diferencia de la primera, la versión perversa lee la Ley como una Ley del goce, instaurando un fetiche y efectivizando a través del mismo la renegación de la castración (Rubio et al., 2010).

Tomando a Freud, Tendlarz y García (2014) manifiestan que la neurosis como negativo de la perversión, implica que el neurótico fantasea en su inconsciente aquello que el perverso escenifica de modo consciente. Por otra parte, la neurosis y la perversión se oponen a la estructura psicótica debido a que ambas son vicisitudes del Edipo, y la última constituye una estructura clínica resultante de su ausencia (Mazzuca et al., 2010).

A pesar de que el modo de goce posee fundamental importancia a la hora de definir la totalidad de las categorías psicopatológicas, este ocupa un lugar preponderante en la perversión (Mazzuca et al., 2010). En los años 60', Lacan añade a su obra el concepto de voluntad de goce del sujeto perverso y su búsqueda de la división del partenaire, ubicando al primero en una posición de objeto. Dirá entonces que el deseo perverso se halla situado del lado de un sujeto que reduce al semejante a un objeto (Tendlarz & García, 2014). A través de la identificación con ese resto, es posible restituirlo a la estructura, renegando la castración. Al ofrecerse al Otro para que goce de él, se convierte en objeto de goce del Otro, situándose él en posición de objeto y logrando de esa forma producir la división subjetiva de su partenaire (Marchesini, 2014).

El sujeto perverso busca la angustia en el otro, porque aquella confirma la transformación del sujeto en objeto que, como acaba de mencionarse, permite cubrir la castración (Fernández, 2019). Rubio et al. (2010) toma las palabras de Lacan al sostener que el sujeto se hace instrumento del goce del Otro, para luego aclarar que no se trata de la búsqueda de un placer desenfrenado sino del imperativo a un goce que deberá progresivamente extender su alcance. Si bien es posible caracterizar al deseo perverso como transgresivo, ello no alude a una transgresión normativa sino al hecho de hacer transgredir al otro en su Ley, llevándolo al punto en que desate su violencia e imponiendo su propia Ley de modo arbitrario. En este sentido, la estrategia perversa permanece siempre fija, centrada en descarriar al otro respecto de los límites que lo inscriben frente a la Ley (Dor, 2000).

Debido a que no es el sufrimiento del Otro lo que se busca en la intención sádica sino su angustia, la cuestión central reside en que el objeto sea representado por un fetiche. El sádico intentará completar al Otro quitándole la palabra e imponiéndole su voz. Al respecto, Dor (2000) manifiesta que el perverso propone la ley de su deseo como única ley de deseo posible a la vez que desconoce la ley del deseo del otro. Al desafiar la Ley del Padre, en efecto, recusa el hecho de la ley de su deseo esté sometida a la ley del deseo del otro.

Por otra parte, el intento de encarnar un objeto se evidencia con más claridad cuando es el masoquista perverso quien requiere un fetiche. Tomando en consideración lo expuesto, es posible afirmar que un perverso no puede ser partenaire de otro perverso, debido a que no podría producir su división subjetiva. De ese modo, el sádico no es partenaire del masoquista así como tampoco lo es el exhibicionista del voyeurista (Marchesini, 2014).

A continuación, se expondrán los casos de dos asesinos seriales en los cuales podrá verse reflejada la estructura psicopatológica caracterizada en el presente apartado.

3.3.2.1 Theodore Robert Bundy

Theodore Robert Bundy nació en el año 1946, en Burlington, Vermont, como Theodore Robert Cowell. Luego de su nacimiento, su madre Louise, de 22 años, se trasladó junto a él a Filadelfia donde su abuelo paterno pretendió haberlo adoptado de un orfanato. A partir de ese momento, su madre pretendió ser su hermana mayor y, por consiguiente, Ted pasó los primeros años de su vida creyendo que sus abuelos paternos eran sus padres (Durigón, 2013).

De acuerdo a Vronsky (2004) Bundy sentía un gran aprecio por su abuelo Cowell, a pesar de que éste tuviera un temperamento explosivo, llegando incluso a golpear a su esposa quien, a su vez, sufría de depresión y fue hospitalizada por ello en reiteradas ocasiones. A este respecto, uno de los primos de Ted reportaría posteriormente que su abuelo poseía una gran colección de pornografía, cuyas imágenes Bundy estudiaba con detenimiento.

Al cumplir Ted cuatro años, Louise se mudó a Washington y se casó con John Culpepper Bundy, un cocinero del cual, años después, Ted tomó el apellido. Nada en su biografía conocida indica que sus padres lo trataran de modo diferente que a sus otros cuatro hermanos, con quienes, además, mantenía una estrecha relación.

De acuerdo a los testimonios recabados, durante sus años escolares Bundy era reconocido por su popularidad y carisma. No obstante, al finalizar dicho período comenzó a demostrarse tímido y retraído en situaciones sociales (Vronsky, 2004), manifestando una tendencia al aislamiento (Tendlarz & García, 2014), lo cual no impidió que, tras ganar una beca universitaria, llevara a cabo un curso intensivo de chino, manteniendo un alto promedio académico (Durigón, 2013).

En el año 1966, mientras cursaba sus estudios de Psicología, Ted se enamoró de una joven de clase alta oriunda de California, quien mantenía el estilo de vida al cual él

aspiraba desde pequeño (Vronsky, 2004). En palabras de Rámila (2011), el hecho de que aquella rechazara su propuesta de matrimonio luego de unos años de relación, a la vez que tomó conocimiento de que Louise era en realidad su madre, resultó un punto de quiebre en su vida.

Tiempo después, mientras caminaba por la calle, dirigió su mirada hacia la ventana de una casa a través de la cual observó, por casualidad, a una mujer desvistándose. Debido a que esta situación le generó excitación, comenzó a repetirla regularmente de modo intencional (Tendarz & García, 2014).

En el año 1971, durante su último año de Psicología, comenzó a trabajar en un servicio de consejería telefónica destinado a personas suicidas. Luego de graduarse, en 1972, fue empleado como consejero en el área de psiquiatría de una clínica, trabajo del cual fue despedido tras ser reportado por su trato frío y abusivo hacia sus pacientes, y por sospechar que, además, los amenazaba telefónicamente por la noche (Vronsky, 2004).

Tras dedicarse a espiar mujeres durante un largo tiempo, sintió el impulso de atacar a una mientras la observaba caminar por la calle. Finalmente, le profirió un golpe y escapó (Tendarz & García, 2014). Tres meses después, en el año 1973, comenzó la ola de asesinatos (Vronsky, 2004) con la muerte de una joven de 15 años, a quien sodomizó, estranguló y degolló en una carretera (Rámila, 2011). No obstante, tal como señalan Tendarz y García (2014), dos años antes de aquel suceso, atacó a una mujer y estuvo cerca de asfixiar a otra durante un acto sexual, dejando vivir a ambas.

Con el objetivo de continuar su carrera delictiva, Bundy creó un plan para atraer a posibles víctimas, consistente en enyesarse un brazo y simular que su auto presentaba una avería, para solicitar la ayuda de las jóvenes que pasaran junto a él quienes, al acercarse, recibían un golpe en la cabeza que las dejaba inconscientes y eran escondidas en la parte trasera del vehículo (Rámila, 2011).

Un mes después del primer crimen, comenzó a asesinar a jóvenes que vivían en diferentes campus universitarios, a la vez que tomó la decisión de conservar los cadáveres con la intención de, en sus palabras, poseerlas totalmente. Asimismo, también perseguía y secuestraba a mujeres en sus propios hogares, para asesinarlas, morderlas y sodomizarlas. Paralelamente, mantenía relaciones convencionales y estables con otras (Tendarz & García, 2014).

De acuerdo a Vronsky (2004), Theodore confesó que utilizaba una sierra con la cual cortaba la cabeza de sus víctimas, conservándolas en su departamento. A su vez,

visitaba periódicamente los cuerpos -abandonados en locaciones no reveladas- para observar cómo habían sido devorados por los animales. La organización con que Bundy llevaba a cabo sus crímenes impidió que la policía localizara las escenas del crimen de sus primeras diecisiete víctimas, seis de las cuales aún permanecen desaparecidas.

Finalmente, a pesar de creerse que cometió más de treinta asesinatos, Theodore Robert Bundy fue condenado a la pena de muerte por catorce homicidios en primer grado (Tendlarz & García, 2014), juicio durante el cual actuó como su propio abogado defensor (Vronsky, 2004). Luego de años de apelaciones, fue ejecutado en la silla eléctrica en el año 1989 en una prisión de Florida (Rámila, 2011).

3.3.2.2 Luis Alfredo Garavito Cubillos

Luis Alfredo Garavito Cubillos nació en el año 1957, en Génova, Colombia (Durigón, 2013), como el primero de siete hijos. De acuerdo a lo narrado por él, su padre ejercía violencia física hacia su madre, golpeándola y arrastrándola por el suelo. Por ese motivo, al llegar el hombre a su hogar, Garavito se escondía debajo de la cama para evitar que lo agrediera también a él, como solía hacer. Asimismo, mencionó haber sido víctima de numerosas violaciones de parte de dos hombres mayores, amigos de su familia, cuando aún era menor de edad (Bafico, 2016; Vronsky, 2004).

Luis Alfredo abandonó el colegio luego de finalizar el 5° año de primaria y se fue de su hogar a los 16 años, tras lo cual trabajó en diferentes sitios, primero en una iglesia (Bafico, 2016) y más tarde como vendedor ambulante de estampas religiosas (Vronsky, 2004).

En los años 80' comenzó a beber con frecuencia, convirtiéndose finalmente en alcohólico, momento en el cual empezó a discutir con sus jefes y compañeros de trabajo. A sus 21 años, inició un tratamiento psiquiátrico con el objetivo de abandonar la bebida (Bafico, 2016). A su vez, también recibió asistencia psicológica por padecer depresión y manifestar tendencias suicidas (Vronsky, 2004). A pesar de poseer certificados médicos que impidieron en numerosas ocasiones que lo despidieran por sus conductas violentas, le resultó imposible mantener un empleo estable.

De acuerdo a Bafico (2015), Garavito inventó la existencia de dos fundaciones religiosas destinadas a niños y ancianos, lo que le brindó acceso a dar clases en escuelas y otros sitios en los cuales pudiera estar cerca de infantes. Asimismo, su aspecto físico se hallaba en constante cambio, haciéndose pasar por monje, indigente y discapacitado,

y utilizando nombres y apodos ficticios entre los cuales se hallaban Alfredo Salazar, Tribilín y El Loco.

En los años 90', tras comenzar a recorrer Colombia como vendedor ambulante, mantuvo una relación cercana con dos mujeres, con quienes convivió durante años y a las cuales golpeaba cuando se encontraba alcoholizado. En lo que respecta a los hijos que ambas poseían de relaciones anteriores, Garavito nunca manifestó conductas violentas hacia ellos, sosteniendo en una entrevista que frente a esos niños asumió el rol de padre.

La carrera criminal de Luis Alfredo Garavito comenzó en el año 1992. En lo referido a su modus operandi, inicialmente recorría una zona e identificaba allí a su objetivo, siendo sus víctimas niños de entre 6 y 16 años, pertenecientes a un nivel socioeconómico bajo, usualmente campesinos y trabajadores de la calle. A su vez, entre los sitios en los que solía abordarlos, pueden mencionarse parques, canchas de fútbol, estaciones de autobús y barrios marginales. Tras conversar con ellos, les ofrecía dinero y los invitaba a caminar. Posteriormente, bebía alcohol en exceso y los sometía en zonas descampadas, usualmente en las afueras de la ciudad, (Bafico, 2016; Durigón, 2013) utilizando cuchillos, destornilladores y cuerdas.

En lo alusivo a la técnica que empleaba para asesinar a los niños, estos eran hallados atados de pies y manos. En los inicios de su carrera criminal, solía extraerles las vísceras, mutilarlos y decapitarlos. Posteriormente, comenzó a aumentar el número de cortes que les profería a los cuerpos, hallándose en ellos lesiones de arma blanca en sus falanges, vértebras, costillas y huesos de miembros superiores. A su vez, en todas las escenas se encontraban botellas de alcohol. Luego de asesinar a sus víctimas, Garavito anotaba en una libreta el día y el sitio del crimen al lado de una pequeña línea que representaba a cada niño fallecido (Bafico, 2015).

En el año 1999, Garavito Cubillos intentó capturar a un niño en Villavicencio, quien logró escapar y cuyo testimonio resultó de fundamental importancia para la detención del agresor (Bafico, 2016). En su declaración, confesó el asesinato de 140 niños a pesar de que continuó siendo investigado por crímenes adicionales (Rámila, 2011). De las víctimas asesinadas durante su carrera delictiva, comprendida entre los años 1992 y 1999, la policía de Colombia recuperó 114 cadáveres, todos ellos mutilados (Vronsky, 2004).

Durante una entrevista ocurrida una vez detenido, Garavito atribuyó su conducta criminal a su infancia, caracterizada por él como traumática. A este respecto, sostuvo

que la ola de asesinatos se desató luego de que él enviara a matar a través de un sicario a uno de los hombres que había abusado sexualmente de él cuando era niño. Adicionalmente, destacó como otra influencia los libros de esoterismo y magia negra que había comenzado a estudiar, así como también el impacto que le ocasionó un libro de Adolf Hitler, personaje con el cual se sintió identificado por dos motivos principales, a saber: el haber sido víctima de maltrato infantil a manos de su padre y el haber mantenido una relación homosexual a los 15 años. Respecto de los libros de magia negra, Garavito sostuvo que tras aprender a utilizar la tabla ouija e interiorizarse en el satanismo, en el año 1992 decidió vender su alma al diablo, momento en el cual oyó una voz que, a cambio de otorgarle poder, le ordenó que se dirigiera a la ciudad en la cual cometió su primer asesinato.

Asimismo, añadió en la entrevista que si bien confesaba haber cometido los homicidios que se le atribuían, él no se consideraba a sí mismo como un violador, dado que -según afirmaba- no había violado a ninguna víctima, debido a que sufría una disfunción eréctil, a la vez que mencionó que probar aquello sería imposible para las autoridades en tanto lo que en su mayoría habían hallado eran restos óseos que, en conjunción con el paso del tiempo, no podrían aportar evidencias relativas a un abuso sexual. De otro fragmento de su declaración, se desprende que Garavito ofreció dar información referida a la locación de los restos que aún no se habían hallado, a cambio de salir de la cárcel. A su vez, al preguntarle cuáles eran sus planes a futuro, mencionó que, además de profundizar en el estudio de Dios, su intención luego de salir de la cárcel era prepararse para acceder al Congreso de Colombia con el objetivo de, en sus palabras, trabajar por la niñez desamparada (Bafico, 2016).

Finalmente, Luis Alfredo Garavito Cubillos fue condenado a prisión perpetua por los crímenes llevados a cabo en 33 de los 69 municipios de Colombia que visitó. Actualmente, a sus 62 años, continúa cumpliendo su condena en la prisión de Valledupar, capital del departamento de César, Colombia.

Debido al carácter bibliográfico del presente trabajo, el análisis de los casos recién detallados se llevará a cabo de acuerdo a lo expuesto por los autores tomados aquí como referencia, a pesar de que los mismos no han profundizado en la caracterización de la estructura perversa del modo en que se ha hecho en el apartado anterior de este texto.

En base a lo mencionado anteriormente, es posible detectar tanto en Theodore Bundy como en Luis Alfredo Garavito una estructura perversa. De acuerdo a Tendlarz y

García (2014), el pasaje al acto en la perversión involucra la puesta en juego de un fantasma en la escena, de modo tal que la selección de la víctima obedece a una condición erótica determinada. Al tener conocimiento el perverso de aquello de lo que goza, centra su intención en reencontrar el mismo goce.

En lo que respecta a Bundy, él se sumergía en la caza, buscando un prototipo de mujer idealizada que podría asemejarse a su ex novia, perteneciente a la clase alta, de cabello largo y oscuro (Alcaraz Albertos, 2014). No obstante, durante una de sus confesiones, Ted mencionó que al asesinarlas sentía que la ira se dirigía a su madre (Tendlarz & García, 2014). Tal como sostiene Bafico (2016), la psicosis queda descartada debido a que no es posible detectar en Bundy ideas delirantes, alucinaciones ni certezas respecto de su proceder. Asimismo, fue siempre caracterizado como un hábil comunicador que generaba la fascinación de los demás, punto en el cual se basa el autor para sostener que poseía la seducción propia del perverso.

Previamente a su ejecución, Ted solicitó una entrevista con James Dobson, el líder evangélico más reconocido en Estados Unidos en aquella época. Durante la misma, mencionó que en él la pornografía violenta había contribuido al surgimiento de su carrera criminal, alimentando sus fantasías, en conjunción con el alcohol, el cual -en sus palabras- redujo las inhibiciones que le habían impedido matar hasta aquel momento. Con el objetivo de respaldar su afirmación, añadió que cada uno de los criminales que conoció en la cárcel, se había involucrado con la pornografía. Además, mencionó en dos ocasiones que mientras él hablaba con Dobson, había sujetos sueltos en sus respectivas ciudades, similares a él, con impulsos peligrosos, que habían sido alimentados por el contenido violento transmitido por los medios de comunicación. De acuerdo a Bafico (2016), la totalidad de su confesión resultó ser un acto perverso a través del cual buscó someter a James Dobson, añadiendo que localizar la certeza en la angustia producida en su partenaire, le permite ofrecerse como instrumento de goce del Otro.

Por otra parte, Bafico (2015) destaca en Garavito el intento permanente de demostrar su conocimiento e inteligencia, caracterizándolo como un dominio del saber. En el transcurso de su testimonio se compara a sí mismo con Borges y Hitler, y se refiere a Adán y Eva como sus padres primeros. Tal como ocurre con Bundy, en este caso la angustia también recae del lado de los otros, gozando Garavito de ese modo en un papel sádico. A su vez, el autor lo describe como un torturador, en tanto este traspasa el límite del fantasma de modo tal que el torturado resulte cosificado, percibiendo a su víctima no como un sujeto sino como un despojo. Al considerar que en ese sitio ubicaba

a los niños que asesinaba, como seriados y coleccionables, queda delimitada su estructura perversa, tomando en consideración además que Garavito no estaba dispuesto a renunciar al goce.

3.3.3 ¿Psicosis o Perversión? Suplencia Perversa en la Psicosis

Jean Claude Maleval (2010) plantea en uno de sus trabajos que, en ocasiones, existen en sujetos con estructura psicótica defensas perversas que le posibilitan el enfrentamiento con el deseo del Otro sin derrumbarse, con el objetivo de que el mismo no se torne excesivamente invasor, es decir que le permiten al sujeto una estabilización, enmendando la forclusión del Nombre-del-Padre. Denominó a esta asociación de la estructura psicótica a prácticas perversas como *suplencia perversa en la psicosis o montaje perverso*.

Tal como señala Bafico (2016), debido a que lo forcluido es un elemento simbólico, éste reaparecerá en lo real, motivo por el cual el fracaso de lo forcluido se manifestará por la reaparición, en lo real, de aquello que no pudo inscribirse, por ejemplo bajo la forma de alucinaciones.

A su vez, dado que la forclusión del Nombre del Padre radica estructuralmente en una ausencia del anudamiento borromeo, la puesta en juego de un fantasma perverso parece remediar dicha falla. La suplencia perversa consiste, de ese modo, en una solución singular constituida con el sello de cada sujeto que permitirá el anudamiento de los tres registros (Estroz, 2018).

A continuación, se expondrán los casos de dos asesinos seriales en los cuales podrá verse reflejado el fenómeno descrito en el presente apartado.

3.3.3.1 Jeffrey Lionel Dahmer

Jeffrey Lionel Dahmer nació en el año 1960, en Milwaukee, Wisconsin, como el primer hijo de un matrimonio integrado por Lionel, químico de profesión y Joyce, quien era ama de casa. En el año 1966 nació su hermano menor, David. De acuerdo a los registros del caso, Jeffrey manifestó desde pequeño un especial interés por los experimentos con sustancias químicas y por los animales muertos, luego de que su padre lo introdujera en la práctica de la disección. Dahmer comenzó coleccionando insectos en frascos y posteriormente se dedicó a reunir animales muertos, cuyas cabezas colgaba en palos ubicados en la parte trasera de su casa, para conformar a los 14 años un cementerio de animales en el jardín (Tendlarz & García, 2014; Vronsky, 2004).

Aquellos que lo conocieron durante su infancia, lo caracterizaron como un niño que tenía una gran necesidad de complacer a los demás. En 1974, año en el cual ingresó en el colegio secundario, era percibido por sus compañeros como un sujeto solitario, fascinado por los animales muertos que, por consiguiente, no halló un grupo de pertenencia. En ese entonces, Dahmer comenzó a beber alcohol con frecuencia. A los 16 años, colgó la cabeza de un perro en una estaca, ubicándola en medio del bosque para luego llamar a sus amigos y, en sus palabras, darles un susto a modo de broma.

A sus 18 años, momento en el cual termina el secundario y habiéndose divorciado sus padres previamente, su padre se dirigió a la casa en la que vivía Dahmer junto a su madre y a su hermano, para realizar una salida programada en el régimen de visitas. Al llegar el mismo, Jeffrey le informa que su madre lo había abandonado, huyendo con su hermano menor unos días atrás y, además, solicitándole que no revelara su paradero a nadie. Tras notar que la casa se encontraba descuidada y que no había allí ni comida ni dinero para que Jeffrey pudiera comprarla, Lionel efectuó una demanda a su ex esposa por abandono de hogar. En consecuencia, Joyce perdió la custodia de David, quien se mudó con su padre (Tendlarz & García, 2014).

Fue en el año 1978, de modo imprevisto y en medio del divorcio de sus padres, que Dahmer cometió su primer asesinato. Su primera víctima fue un muchacho que, tras salir de un concierto, hacía autostop en la carretera para regresar a su casa. En ese momento, Jeffrey se ofrece a llevarlo, invitándolo luego a la casa de sus padres en donde -revelaría posteriormente- bebieron alcohol y mantuvieron relaciones sexuales. Cuando el joven decidió marcharse, Dahmer no quiso dejarlo ir, desatando una pelea que finalizó cuando éste mató al primero de un golpe en la cabeza. Después de arrastrar el cadáver hasta el sótano, lo descuartizó con un cuchillo de cocina, depositando los trozos en bolsas de plástico que inicialmente guardó en su automóvil pero que terminó enterrando en la parte posterior de su casa. Durante los dos años que Jeffrey estuvo en el ejército, los restos permanecieron en ese sitio, pero al regresar desenterró las bolsas y golpeó el cuerpo para romper sus huesos (Vronsky, 2004).

De acuerdo a lo narrado por Dahmer, este tuvo la intención de alejarse de su impulso criminal utilizando un maniquí como sustituto e interiorizándose en la religión, a través de su abuela, lo cual le dio resultado durante un tiempo. No obstante, mientras se encontraba una noche en la biblioteca local, un joven se acercó a él, extendiéndole una nota con una propuesta sexual. A pesar de no habérselo tomado en serio, dos meses después de aquel suceso, sus fantasías comenzaron a intensificarse, volvió a beber

alcohol y a frecuentar sex shops. Aún con la intención de no volver a dañar a alguien, se asoció a un sauna, acudía a bares gay e intentaba obtener satisfacción con el maniquí. Finalmente, vuelve a matar en el año 1987, momento a partir del cual empiezan los asesinatos ininterrumpidos.

En 1988, un año y dos meses luego del segundo crimen, comete el tercero, estrangulando a un joven para luego tener relaciones sexuales con su cadáver; intentando después, sin éxito, robar de un hospital el cadáver de un muchacho que le resultó atractivo. En el verano del mismo año, fue acusado por haber acosado sexualmente a un niño, por lo cual fue juzgado y obtuvo libertad condicional bajo fianza.

En 1989 asesinó a otro hombre, crimen a partir del cual comienza a conservar los cráneos de sus víctimas. Tras su sexto asesinato, llama telefónicamente a los familiares de la víctima para solicitarles que dejaran de buscarlo, ya que estaba muerto, lo cual sabía debido a que él mismo lo había matado. En ese entonces recibió una visita de su oficial de custodia, quien refirió haberlo notado deprimido. Ante aquello, Dahmer expresó que su identidad sexual le producía sufrimiento (Tendlarz & García, 2014).

En junio de 1990, cometió un nuevo asesinato, añadiendo otro en el mes de julio. Allí comienza a desarrollar la rutina de tener sexo oral con el cadáver. Asimismo, en septiembre del mismo año mató a otro hombre, cortándole la garganta mientras dormía. En ese caso, también limpió y blanqueó su esqueleto. De acuerdo a Tendlarz y García (2014), la conservación de los esqueletos ocurrió paralelamente a la aceleración en la temporalidad de sus crímenes. Al primer esqueleto conservado, luego de blanquearlo le tomó fotografías colgado de la ducha. Posteriormente, introdujo los bíceps de su víctima en la heladera y después los comió. En ese entonces dio inicio a la práctica caníbal.

En su último intento de asesinato, Dahmer condujo a un hombre a su casa, al cual esposó mientras estaban viendo una película, para luego colocarle un cuchillo contra el pecho. A diferencia de sus crímenes anteriores, en los cuales no mediaba palabra con sus víctimas, en aquella ocasión Jeffrey tomó una calavera y, mientras la acariciaba, le informó al muchacho que él también se quedaría allí. En ese momento, el joven logró golpear al ofensor y tras escapar, halló un patrullero y le relató a los oficiales lo ocurrido. Luego de que Dahmer les permitiera el ingreso a su departamento, hallaron, entre otros elementos, las fotografías de los cadáveres y cabezas de víctimas anteriores (Tendlarz & García, 2014).

De acuerdo a Vronsky (2004), Dahmer relató en una de las entrevistas que le realizaron que su intención era construir lo que algunas veces llamaba “centro de poder” y otras “templo”. Con ese objetivo, colocaba sobre una larga mesa seis cadáveres y dos esqueletos completos suspendidos del techo, uno a cada extremo. A su vez, situaba una gran lámpara en el centro de la misma junto a las calaveras. El propósito de Jeffrey era, según Tendlarz y García (2014), generar un entorno en el cual pudiera establecer una conexión con un nivel elevado de percepción a fin de conseguir éxito, resultando lo anterior una situación francamente delirante.

Asimismo, Dahmer manifestó que en determinado momento de su carrera criminal también intentó conservar la piel de los rostros de sus víctimas tomando como guía las instrucciones de una revista, pero tuvo que desistir debido a que la misma se enmoheció. Además, de su relato se desprende que su intención principal era convertir a sus víctimas aún vivas en zombis, para lo cual les horadaba el cráneo, inyectándoles ácido en el cerebro con una jeringa (Vronsky, 2004). A este respecto, Tendlarz y García (2004) añaden que Jeffrey experimentaba con ellos empleando diferentes dosis de ese ácido e incluso agua hirviendo, ya que su propósito era destruir el intelecto de su víctima, conservando el cuerpo vivo y obediente.

Finalmente, Jeffrey Lionel Dahmer fue sentenciado en el año 1991 a quince cadenas perpetuas por el homicidio de 17 hombres. Al ser encarcelado, Dahmer trazó un mapa para guiar a los investigadores hacia los sitios específicos en los cuales había depositado los restos de sus víctimas. A pesar de que inicialmente, por su seguridad, se le otorgó una celda aislada de los demás reclusos, terminó convenciendo a las autoridades penitenciarias de que le permitieran unirse a ellos. En consecuencia, lo localizaron en una celda junto a Jeffrey Anderson, condenado por asesinar a su esposa, y Christopher Scarver, un sujeto esquizofrénico acusado por homicidio en primer grado. El 28 de noviembre del año 1994, al ingresar los guardias en la celda, hallaron a Jeffrey Lionel Dahmer con una herida mortal en la cabeza y, al lado, a su compañero Jeffrey Anderson moribundo (Durigón, 2013).

3.3.3.2 John Wayne Gacy

Nacido en el año 1942 en Chicago, recibió su nombre en honor al actor John Wayne, a quien su madre admiraba. Gacy se desenvolvía adecuadamente durante su infancia, tenía un buen rendimiento académico y era apreciado por sus compañeros de

clase, destacándose por su responsabilidad y su cooperación, especialmente en su hogar (Bafico, 2015).

Según constatan los archivos del caso, la madre de John Gacy atravesó un parto difícil, como consecuencia del cual el niño desarrolló complicaciones respiratorias. Al ser consultada sobre dicho episodio, su madre explicó que con el objetivo de tratarlo le aplicó enemas y supositorios a diario durante los tres primeros meses de vida, añadiendo que se los recetó ella misma, es decir, sin orden médica. Posteriormente, negaría la existencia de ese testimonio. Tal como señala Bafico (2015), es posible afirmar que un tratamiento de semejantes características resulta sumamente invasivo para una criatura tan pequeña.

En lo relativo a su salud física, fue diagnosticado con epilepsia a sus 15 años, sufriendo reiterados episodios de pérdida del conocimiento. En palabras de Bafico (2015), resulta llamativa la falta de intervención médica y familiar a tiempo y la poca importancia conferida a tales eventos.

Gacy fue el segundo y único varón de tres hijos que tuvo el matrimonio. A pesar de manifestar un claro aprecio por sus hermanas y su madre, no le fue posible mantener una relación estrecha con ellas hasta que su padre falleció, particularmente con su madre.

En lo que respecta a su padre, este era un hombre agresivo tanto a nivel físico como psicológico, quien lo descalificaba de modo constante a través de indiferencia e insultos y apodos tales como “afeminado” y “mariquita”, y le impedía consolidar un vínculo con las mujeres de la casa. Asimismo, demostraba un permanente rechazo hacia su hijo y cuando se hallaba bajo los efectos del alcohol (a menudo), lo golpeaba. De acuerdo a los informes psiquiátricos, el comportamiento de su padre le generaba una profunda frustración a John Wayne, quien nunca cesó sus intentos de obtener la aprobación y el amor del mismo. Por su parte, el padre nunca demostró interés en él, aún en aquellos momentos en que su conducta y logros eran excelentes.

Luego de graduarse en la Universidad de Negocios, en el año 1964 inició la vida en pareja, y se casó con la hija de un importante empresario gastronómico, convirtiéndose en gerente de uno de sus restaurants. Los registros indican que en ese momento comenzó su práctica homosexual.

John Wayne fue muy respetado en la comunidad, ya que no sólo obtuvo el título de “Hombre del Año” en tres ciudades diferentes, sino que también escoltó a la esposa del presidente Carter en una de sus visitas a la ciudad donde él residía. Además, en su

tiempo libre asistía a la unidad oncológica infantil de un hospital disfrazado de un payaso, nombrado por él como Pogo. Al ser consultados respecto de la impresión que Gacy ocasionaba en sus vecinos, lo han descripto como un hombre cooperador, solícito y amigable (Vronsky, 2004).

En el año 1968, fue condenado a diez años de prisión por esposar y sodomizar a un menor que era uno de sus jóvenes empleados. No obstante, debido a su conducta ejemplar, sólo permaneció en la cárcel dos años, divorciándose formalmente al salir de la misma.

A los 30 años Gacy se casó nuevamente, manifestándole eventualmente a su esposa cuáles eran sus preferencias sexuales. A este respecto, ella diría después que en varias ocasiones había hallado pornografía infantil y homosexual entre las pertenencias de su marido (Bafico, 2015). De acuerdo a Vronsky (2004), cuando su esposa no estaba en casa, Gacy atraía a hombres jóvenes, los violaba, asesinaba y enterraba sus cadáveres debajo de la misma.

A sus 32 años, John Wayne comenzó un negocio de pintura, decoración y mantenimiento, para el cual decidió contratar a hombres jóvenes, convirtiendo aquellas contrataciones en oportunidades para acechar y posteriormente asesinar a sus empleados (Bafico, 2015).

En los registros del caso, se observa que Gacy solía recorrer las calles de su ciudad en búsqueda de prostitutos homosexuales y niños que deseaban huir de sus hogares. Muchos jóvenes testificaron que fueron a su casa para tener entrevistas de trabajo, durante las cuales Gacy les mostraba fotos suyas junto a la esposa del presidente Carter y les ofrecía una demostración de su truco de las esposas. Una vez dentro de su casa, les ofrecía marihuana y alcohol y comenzaba mostrándoles pornografía heterosexual, para luego cambiar a pornografía homosexual, si el invitado no presentaba objeción ante aquello, continuaba con su truco. Una vez que sus víctimas se hallaban esposadas, Gacy comenzaba un ritual elaborado de tortura, durante el cual les colocaba una bolsa de plástico en la cabeza y las sumergía en una bañera llena de agua, reviviéndolas luego de que perdieran el conocimiento. Eventualmente, los jóvenes morían a raíz de lo detallado o bien, eran estrangulados con una cuerda. De acuerdo a lo mencionado por John Wayne, durante sus asesinatos recitaba un salmo católico. Aparentemente, sólo aquellos jóvenes que se negaron a participar del juego sobrevivieron (Vronsky, 2004).

Tal como lo informa Bafico (2015), en el año 1978 se hallaron en la casa de Gacy 28 cadáveres de jóvenes y niños de entre nueve y veintiún años. Asimismo, se encontraron cinco cadáveres adicionales en el río Des Plaines. Al ser entrevistado, dijo que sus víctimas no eran “más que unos despreciables mariquitas, unos inútiles vagabundos, mientras que yo soy un próspero hombre de negocios que no dispone de muchas horas libres, una relación sexual esporádica con estos jóvenes me quitaba menos tiempo que mantener una relación seria con alguna mujer” (Durigón, 2013, p. 198), negando ser homosexual. A su vez, afirmó en su confesión haber llevado a cabo operaciones secretas para el gobierno, así como también haber participado en la Guerra de Vietnam, dentro de la Marina. No obstante, se comprobó posteriormente que ambas afirmaciones carecían de veracidad (Rámila, 2011).

En 1980, a sus 40 años, fue sentenciado a muerte por el asesinato de 33 personas durante un período de seis años, entre 1972 y 1978. No obstante, se cree que cometió crímenes adicionales por los cuales no fue acusado (Tendlarz & García, 2014). Si bien no existe información detallada respecto de la tenencia de la niña y el niño que tuvo junto a su primera esposa, así como tampoco sobre la relación que mantuvo con ellos, sí se sabe que durante los últimos momentos de su vida, ambos fueron a visitarlo y jamás refirieron haber tenido problemas de violencia física o sexual con él (Bafico, 2015).

Mientras Gacy estuvo privado de su libertad en Iowa, se enteró del fallecimiento de su padre, ante lo cual expresó “Durante toda mi vida decepcioné a mi padre (...) y entonces volví a fallarle, mi padre siempre pensó que yo era un bobo, un estúpido, que nunca llegaría a ser nadie” (Bafico, 2015, p. 101). Al referirse Gacy a su -denominado por él- otro yo, aludiendo a sus inclinaciones homicidas, mencionó en alguna oportunidad que éste poseía algunas características de su padre.

Finalmente, John Wayne Gacy fue ejecutado con una inyección letal en mayo del año 1994, luego de que todas sus apelaciones fueran rechazadas (Vronsky, 2004).

En base a lo expuesto anteriormente, es posible sostener que los casos de Jeffrey Dahmer y John Wayne Gacy responden a una estructura psicótica con fachada perversa.

Durante una entrevista a Dahmer llevada a cabo por Ressler, el primero le narra la broma que había hecho a sus amigos, al sorprenderlos mostrándoles la cabeza de un perro clavada en una estaca. Al analizar el relato, es posible detectar que a través de aquella situación, buscaba producir la división subjetiva del espectador. El mismo Ressler manifestaría posteriormente el haber percibido que Dahmer tenía la intención de angustiarlo e impactarlo. Lo anterior podría verse reflejado en la caracterización que

Lacan realiza del sujeto perverso como aquel en el que siempre se verá la dimensión de la demostración (Bafico, 2016).

No obstante, al consultarle Ressler por qué motivo decidía conservar los esqueletos, los cráneos y otras partes del cuerpo de sus víctimas, Dahmer respondió que aquello le permitía sentir que al menos había rescatado algo de la esencia de los mismos y que, por tal, su asesinato no había sido en vano. Además, añadió que tenía pensado utilizar los esqueletos para construir un templo, aunque eso no fuera su motivación para matarlos. De ese modo, resulta claro que el impulso de matarlos existía antes y luego construye un delirio en base a ello, buscando convertir a sus víctimas en zombis. A partir de lo anterior, Tendlarz y García (2014) sostienen que el diagnóstico parece desplazarse de la perversión a la psicosis, ya que lo que en un primer momento parecía orientarse hacia la búsqueda de un goce puramente sexual, pasa a constituir un dominio absoluto, dejando el carácter sexual en un segundo plano. En el asesinato, posterior al cual llega a cometer incluso actos de canibalismo, se revela de acuerdo a los autores el acto psicótico alrededor de los mismos.

A este respecto, Bafico (2016) añade que el tratamiento particular que Dahmer otorga a los cadáveres permite comprender a sus crímenes como delirios en acto, evolucionando su carrera criminal desde la instalación de un estado de perplejidad a un segundo tiempo francamente delirante, durante el cual comienza a construir una significación poco consistente de su delirio, fantástico y místico. Es por ello que, según expresa el autor, su manifestación clínica podría dividirse en dos tiempos, el primero caracterizado por conductas perversas y el segundo, tomado por el delirio, que revela su verdadera estructura psicótica.

En lo que respecta a John Wayne Gacy, de su biografía se desprende que durante gran parte de su vida desarrolló una vida social intensa, logrando luego de años de trabajo una posición económica estable y un reconocimiento por parte de la comunidad (Tendlarz & García, 2014). No obstante, después del fallecimiento de su padre, comenzó a descuidarse en cuanto a la organización de sus crímenes. Tal como sostiene Bafico (2016), a pesar de que el agresor mencionado tenía conductas sumamente violentas, no es posible determinar una cosificación del otro como ocurre en la estructura perversa.

Adicionalmente, en una de las entrevistas que le realizaron, Gacy refirió no haber cometido los actos que se le atribuían, añadiendo que no sólo él también era una víctima sino que además “podía ser la víctima número 34” en base a lo cual concluía en

que “tengo que matar al otro y si no puedo separarlo de mí, tengo que matar a los dos” (Bafico, 2016, p.). A su vez, al ser interrogado sobre las circunstancias en las que había sido asesinado una de sus víctimas, sostuvo que el muchacho se había acercado a él con un cuchillo, luego de lo cual Gacy se lo quitó y se lo clavó en la mano, concluyendo en que aquello lo había matado. Tendlarz y García (2014) destacan de lo mencionado que el agresor no se reconoce como autor del asesinato, narrándolo de modo semejante a un accidente.

Asimismo, es posible observar que Wayne comete errores en la sintaxis, demostrando una nula diferenciación entre él y otro. En relación al lenguaje, es posible detectar en el discurso del mismo una producción verbal abundante, en la cual predomina la monotonía, resultándole imposible por momentos vincular su habla a un sentido, en tanto no ha ingresado en el registro de la simbolización. Se evidencia, además, la ausencia de la metáfora y de las conexiones que permiten orientar al sujeto que habla (Bafico, 2016). Lo anterior también pudo observarse en las escrituras que volcaba en un diario en el que anotaba todo lo que hacía, considerando el autor que en este caso, la función de la escritura se hallaba vinculada de modo predominante a la economía subjetiva.

Por todos los elementos hasta aquí mencionados, en conjunción con el haber sido apropiado por una madre confundida en su hijo como una unidad, y ante una ausencia de la función paterna como límite, es que Bafico (2016) considera adecuado situar a John Gacy como un psicótico, a pesar de haber manifestado conductas perversas.

4. DISCUSIÓN, CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

4.1 Discusión

De acuerdo a lo propuesto por Tendlarz y García (2014), el abordaje teórico de los asesinos seriales toma en cuenta una serie de elementos entre los que se hallan la delimitación conceptual de este crimen respecto de otros, el establecimiento de características diferenciales que permitirían aislar un perfil de detección del criminal, y la exploración de los motivos y significaciones que permitan explicar estos actos. A pesar de que tales características resultan relevantes a la hora de prevenir, anticipar, predecir o hallar a un asesino, no aportan información respecto de su estructura subjetiva.

Tal como se ha buscado expresar a lo largo de la presente investigación, al categorizar las conductas del homicida serial, se pasa por alto la singularidad de cada sujeto. En consecuencia, surge la pregunta sobre cuál es la estructura psicopatológica del asesino serial, interrogante en base al cual se ha erigido el presente trabajo.

El objetivo del presente trabajo teórico de revisión bibliográfica consistió en analizar la posibilidad de que el asesino serial respondiera a alguna categoría estructural dentro del ordenamiento psicopatológico psicoanalítico. Para ello, se presentó inicialmente la definición de asesino serial y las clasificaciones desde las cuales es frecuentemente estudiado, tras lo cual se conceptualizó el término de estructura psicopatológica desde un marco teórico psicoanalítico.

Rámila (2011) sostiene que la definición comúnmente aceptada de asesino serial lo considera un sujeto que ha matado por lo menos en tres momentos y locaciones diferentes, existiendo un período de enfriamiento entre un crimen y el otro. En base a lo expuesto en el presente texto, tomando como criterio la clase de gratificación que obtienen al llevar a cabo un homicidio, Holmes y Holmes (1998) ordenaron a los asesinos seriales en visionarios, orientados a una misión, hedonísticos y orientados al poder y al control. A su vez, también es posible clasificarlos, de acuerdo a su firma, en *Power-Assertive Killers*, *Power-Reassurance Killers*, *Anger-Retaliatory Killers* y *Anger-Excitation Killers* (Keppel & Walter, 1999). Asimismo, a pesar de la existencia de una extensa casuística de asesinos seriales, se ha seleccionado para su posterior análisis un número reducido, debido a la extensión sugerida para la investigación.

De la bibliografía psicoanalítica existente respecto de la temática mencionada es que surge el presente texto. De ese modo, por haberse llevado a cabo el abordaje teórico

desde una perspectiva psicoanalítica, especialmente freudiana y lacaniana, es que se han tomado las estructuras psicopatológicas de psicosis y perversión.

La teoría del inconsciente desarrollada por Lacan halla su centro en el lenguaje y pone en juego la operatividad de la metáfora paterna, considerándola la ley rectora del deseo humano, en tanto precisa sus límites. A su vez, el representante de la ley de prohibición del incesto y por ende, quien llevará a cabo la operación de corte, es el padre. La huella que deja en el discurso el padre simbólico corresponde al significante del Nombre-del-Padre, y sólo tendrá efecto en una metáfora cuando sustituya al deseo de la madre de modo literal (Rubio et al., 2010).

En base a lo anteriormente mencionado, es posible precisar desde el psicoanálisis lacaniano que el modo en que sea leída la Ley desde la posición de sujeto será aquello que permita delimitar las posiciones, dado que los fenómenos propios de las neurosis, psicosis y perversiones adquieren una estructuración dinámica desde la castración.

Mientras que la estructura neurótica responde a un sujeto cuyo aparato psíquico ha reconocido la existencia de la castración, hallándose ésta representada en su psiquismo y habiéndose apartado de las representaciones conscientes a través de la represión; cuando la representación de la castración existió en el psiquismo del sujeto pero posteriormente dicha realidad fue desmentida a través del mecanismo de la renegación, se constituirá la estructura perversa. Finalmente, el rechazo de la representación de la castración en el aparato psíquico a través de la forclusión del Nombre-Del-Padre, dará lugar a la estructura clínica de la psicosis (Álvarez & Sauvagnat, 2004).

4.2 Conclusiones

En respuesta al objetivo principal mencionado al inicio del presente trabajo, el desarrollo teórico expuesto permite concluir en que no es posible ubicar la figura del asesino serial dentro de una estructura psicopatológica específica, sino que el acto criminal podrá irrumpir en las tres estructuras, aunque con sus respectivas particularidades.

La presentación de un análisis del fenómeno aquí estudiado a la luz del psicoanálisis freudiano y lacaniano resaltó la contribución que dicha teoría puede realizar en relación a él, destacando la relevancia que posee la posición subjetiva de aquel que comete un crimen, tanto para su estudio como así también para esclarecer el modo más idóneo de proceder ante el mismo.

Tal como se ha observado en lo expuesto a lo largo de la presente investigación, es posible afirmar que los sujetos que cometen crímenes de modo serial responden a diferentes ordenamientos psicopatológicos, lo cual indica a su vez que desde una perspectiva psicoanalítica no resulta viable la construcción de una universalidad del crimen, en tanto aquello es justamente lo que dicha teoría pretende exceder al abocarse a la singularidad de cada sujeto.

Además, se ha demostrado que el pasaje al acto homicida surgido en la estructura psicótica reviste características diferentes a aquel ocurrido en la estructura perversa, así como también ambos difieren del homicidio llevado a cabo por un sujeto que oculta una estructura psicótica bajo una fachada perversa.

Lo anterior se extiende al fenómeno criminal en su totalidad, abarcando a todos sus elementos, a saber: el victimario, la víctima elegida, la fantasía involucrada y la escena del crimen, entre otros. Asimismo, en concordancia con lo propuesto por Tendlarz y García (2014) es posible afirmar que la estructura psicopatológica de algunos homicidas seriales resulta difícil de determinar con claridad.

4.3 Recomendaciones

Lo mencionado hasta aquí, torna necesarios tanto la consideración como el análisis exhaustivo de la totalidad de los elementos vinculados al surgimiento de los homicidios seriales, respecto de lo cual el presente trabajo efectúa un aporte introductorio.

Asimismo, habiéndose enfocado la investigación en la psicosis y la perversión, por resultar concordantes con la estructura psicopatológica de los asesinos seriales tomados para su análisis, se considera resultaría de gran riqueza el estudio del acto homicida surgido en la estructura neurótica.

A su vez, en su análisis del fenómeno de la criminalidad, Tendlarz y García (2014) retoman la afirmación freudiana respecto de que, en algunos homicidas, la culpa no surge posteriormente al acto delictivo sino que es a raíz de la existencia de un sentimiento de culpabilidad previo que el sujeto comete el crimen, con el objetivo inconsciente de recibir un castigo. En relación a lo mencionado, se considera resultaría un aporte significativo al abordaje psicoanalítico del fenómeno aquí tratado, el estudio de los casos conocidos de asesinos seriales tomando aquella idea como punto de partida.

Finalmente, es preciso destacar que tal como sostienen Rubio et. al (2010), es posible desplegar un mismo texto de diferentes maneras, por ello lo que se agota no es

lo escrito sino el marco de lectura. Es en base a la afirmación anterior, en la que se vislumbra la esencia del psicoanálisis, que se sugiere continúe el estudio de la criminalidad serial desde aquella teoría en tanto -como se ha intentado demostrar- es un fenómeno que reviste una gran complejidad.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcaraz Albertos, J. F. (2014). *Manual del Asesinato en Serie*. Albacete: Uno Editorial.
- Algaze, D., Caamaño, V. C., y San Miguel, T. (2016). El Diagnóstico a la Luz de la Revisión del Concepto de Estructura. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología: XXIII Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Alvarado Pardo, F. (2016). *La Falta de Tipificación de la Categoría de los Asesinos Múltiples o Seriales ocasiona que este tipo de Conductas Antijurídicas no sean Sancionadas Debidamente* (Tesis de Grado). Universidad Nacional de Loja, Loja, Ecuador.
- Álvarez, J. M., Esteban, R., y Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de Psicopatología Psicoanalítica*. Madrid: Síntesis.
- Bafico, J. (2015). *El Origen de la Monstruosidad*. Buenos Aires: Indicios.
- Bafico, J. (2016). *Asesino en Serie: Fenómeno Transclínico* (Tesis Doctoral). Universidad del Salvador, Buenos Aires, Argentina.
- Baranger W. (1956). Fantasía, Objetos y Estructura Psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(3), 303-341.
- Bergeret, J. (1996). *La Personalidad Normal y Patológica*. Barcelona: Gedisa.
- Calzetta, J. J., Raznoszczyk, C., Paolicchi, G., Bozzalla, L., y Naiman, F. (2016). *Subjetividad y Aparato Psíquico*. Buenos Aires: Eudeba.
- Canguilhem, G. (1971). *Lo Normal y lo Patológico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chamorro, J. (2002). *Clínica de las Psicosis*. Buenos Aires: Instituto Clínico de Buenos Aires.
- Chan, H. C., Beauregard, E., y Myers, W. C. (2015). Single-Victim and Serial Sexual Homicide Offenders: Differences in Crime, Paraphilias and Personality Traits. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 25, 66-78.

- Dalal, J.S., Aggarwal, K.K., Bhullar, D.S., y Sharma, M. (2009). A Case Study of Serial Killers. *Journal of Punjab Academy of Forensic Medicine & Toxicology*, 9, 109-114.
- Delahanty Matuk, G. (1992). Geopolítica de la Psicología del Yo: Contribuciones de David Rapaport al Psicoanálisis. *Imagen Psicoanalítica*, 1(1), 1-20.
- Deslauriers-Varin, N., y Beauregard, E. (2014). Unravelling Crime Series Patterns amongst Serial Sex Offenders: Duration, Frequency, and Environmental Consistency. *Journal of Investigative Psychology and Offender Profiling*, 11, 253-275.
- Dogra, T.D., Leenaars, A.A., Chadha, R.K., Manju, M., Lalwani, S., Sood, M., Lester, D., Raina, A., y Behera, C. (2012). A Psychological Profile of a Serial Killer: A Case Report. *OMEGA: Journal of Death and Dying*, 65(4), 299-316.
- Dor, J. (2000). *Estructuras Clínicas y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Douglas, J. E., Burgess, A. W., Burgess, A. G., y Ressler, R. K. (2006). *Crime Classification Manual: A Standard System for Investigating and Classifying Violent Crimes*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Durigón, N. (2013). *Asesinos Seriales*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Estroz, P. A. (2017). *Suplencias Perversas en la Psicosis* (Tesis de Grado). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Etcheverry Vera, J. A. (2009). El Perfil Psicológico de un Asesino Serial en la Ciudad de Medellín. *El Ágora USB*, 9(2), 511-528.
- Fernández, A. (Mayo, 2019). ¿Qué es el masoquismo? Consecuencias sobre el sujeto en posición de objeto. En M. Mazover (Presidencia). Las Pulsiones en la Clínica Psicoanalítica. Conferencia llevada a cabo en el Ciclo de Conferencias 2019 de la Institución Fernando Ulloa, Buenos Aires, Capital Federal.
- Ferguson, C. J., White, D. E., Stacey, C., Lorenz, M., y Bhimani, Z. (2003). Defining and Classifying Serial Murder in the Contexto of Perpetrator Motivation. *Journal of Criminal Justice*, 31, 287-292.
- Garrido Genovés, V. (2000). El Perfil Psicológico Aplicado a la Captura de Asesinos en Serie: El Caso de J. F. *Anuario de Psicología Jurídica*, 25-47.

- Hartmann, H., Loewenstein, R. M., y Kris, E. (1951). Comentarios sobre la Formación de la Estructura Psíquica. *Revista de Psicoanálisis*, 8(2), 222-248.
- Hickey, E. (1997). *Serial Murderers and their Victims*. Pacific Grove: Brooks Cole.
- Holmes, R. M., y Holmes, S. T. (1998). *Contemporary Perspectives on Serial Murder*. California: Sage Publications.
- Jiménez Serrano, J. (2014). Asesinos en Serie: Definición, Tipologías y Estudios sobre esta Temática. *Gaceta Internacional de Ciencias Forenses*, 4-12.
- Keeney, B. T., y Heide, K. M. (1995). Serial Murder: A More Accurate and Inclusive Definition. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 299-306.
- Keppel, R. D., y Walter, R. (1999). Profiling Killers: A Revised Classification Model for Understanding Sexual Murder. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 417-437.
- Knight, Z. G. (2007). Sexually Motivated Serial Killers and the Psychology of Aggression and “Evil” within a Contemporary Psychoanalytical Perspective. *Journal of Sexual Aggression*, 13(1), 21-35.
- Lacan, J. (1950). *Introducción Teórica a las Funciones del Psicoanálisis en la Criminología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1955). Seminario III. Introducción a la Cuestión de las Psicosis.
- Lacan, J. (1956). Seminario IV. Tres Formas de la Falta de Objeto.
- Lacan, J. (1957-1958). Escritos II. De Una Cuestión Preliminar a Todo Tratamiento Posible de la Psicosis.
- Lacan, J. (1962-1963). Seminario X. El Perverso y la Ley.
- Lacan, J. (1999). Seminario V. Las Formaciones del Inconsciente. Buenos Aires: Paidós.
- Leenars, A.A. (Ed). (1999). *Lives and Deaths: Selections from the Works of Edwin S. Shneidman*. Philadelphia: Brunner Mazel.
- Maleval, J. C. (2002). *La Forclusión del Nombre del Padre*. Buenos Aires: Paidós.

- Maleval, J. C. (2010). *Suplencia Perversa en un Sujeto Psicótico*. Montevideo: Psicolibros Waslala.
- Marchesini, A. (2014). La Estructura Perversa. *Virtualia – Revista Digital de la EOL*, 28, 73-78.
- Mazzuca, R., Godoy, C., Schejtman, F., y Zlotnik, M. (2010). *Psicoanálisis y Psiquiatría: Encuentros y Desencuentros*. Buenos Aires: Berggasse 19.
- Muñoz, P. (2015). *Dilemas de la Psicopatología: Reflexiones con y desde el Psicoanálisis*. Córdoba: Brujas.
- Norris, J. (1988). *Serial Killers: The Growing Menace*. New York: Doubleday.
- Painceira Plot, A. (1997). *Clínica Psicoanalítica a partir de la Obra de Winnicott*. Buenos Aires: Lumen.
- Pueyo, A. y Redondo, S. (2007). Predicción de la Violencia: Entre la Peligrosidad y la Valoración del Riesgo de Violencia. *Papeles del Psicólogo*, 28(3), 157-173.
- Quiñones Urquiza, L. (2015). *Rastros Criminales: Anatomía del Crimen Violento*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Rámila, J. (2011). *Depredadores Humanos*. Madrid: Nowtilus.
- Rodríguez Jorge, R. (2011). La Perfilación Criminal como Técnica Forense en la Investigación del Homicidio Intencional con Autor Desconocido. *Revista de la Escuela de Medicina Legal*, 4-13.
- Rubio, J. M., Álvarez, G., Canullo, S., Fumo, M. E., Gutiérrez, S. M., Hernández, M. S., y Rubio, S. (2010). *Psicología Jurídica-Forense y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Sánchez Domínguez, J. P. (2014). Psicoanalíticas sobre el Estudio de las Perversiones. *Ajayu – Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología de la Universidad Católica Boliviana San Pablo*, 12(1), 21-32.
- Santos Lima Monteiro, K. M. (2014). Assassinos Seriais e os Efeitos da Sideração no Psiquismo e no Laço Social. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 17(3), 738-748.
- Sierra Rubio, M. A. (2013). Psicopatología Psicoanalítica: Un Saber en la Encrucijada. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 16(1), 56-70.

- Tendlarz, S. E., y García, C. D. (2014). *¿A Quién Mata el Asesino?* Buenos Aires: Paidós.
- Vronsky, P. (2004). *Serial Killers: The Method and Madness of Monsters*. New York: Berkley.
- Whittington-Egan, R. (2008). The Serial Killer Phenomenon. *Contemporary Review*, 290, 223-230.
- World Health Organization (WHO). (2002). *World Report on Violence and Health*. Geneva.